

Revista de
FOLKLOR

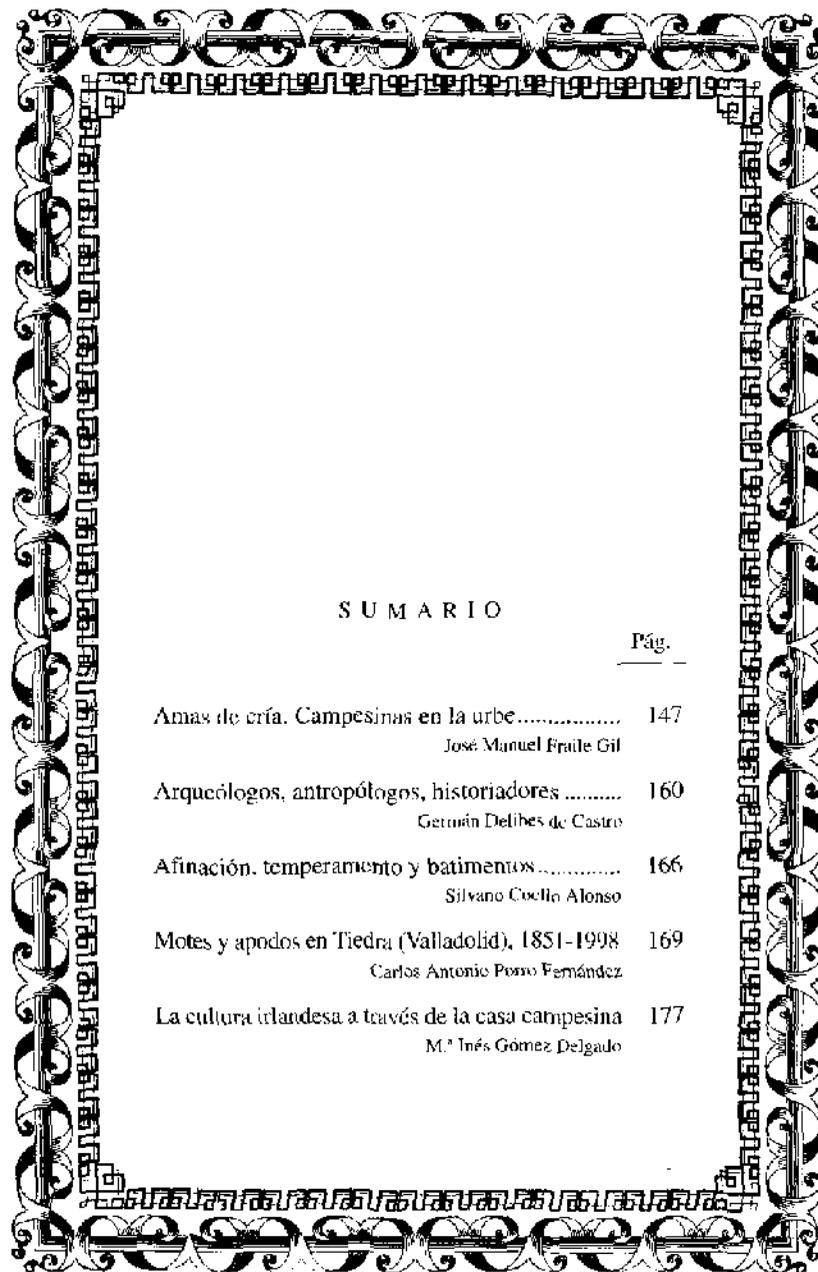
N.º 221



Editorial

Un libro de reciente aparición, debido al magisterio de la investigadora Concha Casado y titulado "Danzas con palabras", nos descubre el fascinante mundo de las fiestas rurales en las que todavía se percibe un sentido global, totalizador, de la celebración, con interesantes nexos entre todos los elementos que la componen. Formas coreográficas de complicadas evoluciones, largos parlamentos rimados, representaciones dramáticas cuya puesta en escena es un trasunto actualizado de la primigenia dualidad bien-mal, rituales depurados por el tiempo y la práctica en cuyo fondo subyace la necesidad de expresar una idea espiritual... La publicación de estos textos en torno a los cuales se estructuraron en muchos lugares las fiestas patronales o mayores, nos da la oportunidad de revisar su estado actual así como de valorar adecuadamente un fondo patrimonial de riquísimos contenidos simbólicos





S U M A R I O

	Pág.
Amas de cría. Campesinas en la urbe.....	147
José Manuel Fraile Gil	
Arqueólogos, antropólogos, historiadores.....	160
Germán Delibes de Castro	
Afinación, temperamento y batimentos.....	166
Silvano Coello Alonso	
Motes y apodos en Tierra (Valladolid), 1851-1998	169
Carlos Antonio Pomo Fernández	
La cultura irlandesa a través de la casa campesina	177
M.ª Inés Gómez Delgado	

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Plaza España, 13 - Valladolid, 1999.

DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Gráficas Turquesa. - C/ Turquesa 27, Pol. I. S. Cristóbal VA-1999.

AMAS DE CRIA. CAMPESINAS EN LA URBE

José Manuel Fraile Gil

La imposibilidad física de criar al recién nacido, o el desecho de conservar la figura, cediendo a las veleidades de la moda, impulsó a muchas madres de antaño a buscar quien a sus pechos sacase adelante la progenie. Surge entonces, por necesidad o capricho, la figura de la nodriza, que ha sido estudiada sobre todo en su papel de *ama de cámara* cuando estuvo al pie de las cunas reales (1).

Pero ahora intentaremos nosotros hablar del lugar que estas campesinas tuvieron entre la nobleza y alta burguesía de nuestras ciudades, especialmente en el período que delimitan la época Isabelina y el Desastre Civil que terminó en 1939. En estos años se tuvo a la nodriza más por un exponente de la bonanza económica que ostentaba la familia, que por un auténtico dispensario de beneficios para la salud de sus retoños. Por ello se la vistió, se la alhajó y, sobre todo, se la consintió hasta extremos que hoy parecen inverosímiles entre clases sociales entonces tan distantes. Ya Teófilo Gautier, al visitar la Corte en 1840, observó que: *tener una pasiega con su traje es una especie de lujo semejante a llevar un «Klepta» en la trasera del coche* (2). En sus palabras encontramos uno de los tópicos que aflorarán de continuo en cualquier enciclopedia, geografía, diccionario o texto de todo género donde aparezcan las palabras ama o Pas; y es que durante años se tuvo a cualquier nodriza por pasiega, y pensose que todas las pasiegas andaban desparramadas por España criando a sus pechos los rorros de los señores. Pero incluso en la Real Casa, no se buscaron amas en aquel valle cántabro hasta el nacimiento de la nena que luego fuera Isabel II. Desde finales del siglo XVI hasta 1830, las amas reales se habían ido buscando entre las señoras nobles y, muy poco a poco, en los alrededores de Madrid, en La Mancha y, ya por los médicos de Cámara, especialmente en las aldeas burgalesas. En julio de 1830, Fernando VII de su puño y letra escribía este volante: *Hoy 3, Blasco, quiero que el día 10 salga de esta Corte para Santander y su provincia el médico Aso, y Merino, el de la Veeduría, para escoger un ama para lo que dé a luz mi muy amada esposa. F.* (3). De aquellas pesquisas resultó elegida Francisca Ramón de Peñacastillo, en los Cuatro Lugares, de 21 años, y en un segundo viaje, destinado a buscar *ama de retén*, se eligió a Josefa Falcones, de 19 años, natural de Torrelavega.

Estas jóvenes madres, que por supuesto debían venir avaladas por un completo informe médico y otro moral, no menos exhaustivo, que redactaba el cura de su aldea, llegaban a la Corte y allí quedaban depositadas en la llamada *Casa de Amas*, que desde el reinado de Felipe V estuvo situada en un ala del Real Palacio (anteriormente se depositaban en casa de aposentadores o personas de fiar). Esta *Casa de Amas* se trasladó en octubre de 1851, y estuvo allí hasta La Gloriosa de 1868, a uno de los pabellones reservados a la familia real en el Sitio del Buen Retiro, concretamente el que llamaban La Pajarrera. La frecuencia con que parían las reales hembras, hizo que en algunas épocas conviviesen juntas varias de estas mujeres, bajo el imperio de la que llamaban *rectora de amas*. Con sus niñitos pasarían allí los meses esperando ser llamadas a Palacio, y más tarde volverían a sus pueblos pensionadas y preñada la memoria de multicolores recuerdos. Las llamadas a Palacio recibirían jubilación más alta y sus niños, que solían criarse en el terruño a pechos de ama más módica, *hermanos de leche* de reyes, príncipes e infantes, se vieron muchas veces beneficiados con prebendas, pensiones y oficios. Ya de vuelta, llevarían con ellas el baúl claveteado con su ropa blanca y los tres trajes de ama que eran de rigor: el de gala, el de media gala y el de diario. Hay una curiosa anécdota que resulta ilustrativa a este respecto; una de las nodrizas que amamantó a D.^a Eulalia de Borbón, —enfante terrible, hija de Isabel II— traída a Madrid desde Burgos para tal menester, recibió siendo ya muy anciana la visita de la infanta Paz, otra hija de aquella reina. Corría el año 1917; el Alcalde de Burgos por aquellos años, relata la escena en estos términos: *En su casa recibió al siguiente día por la mañana la muy honrosa visita. Tuvo la ocurrencia feliz de presentar extendidos sobre la mesa del comedor sus trajes de nodriza que cuidadosamente conservara más de medio siglo. Imposibilitada y casi ciega como estaba, conmovida la ancianita ante Su Alteza, se abrazó a ésta y lloraban y se besaban y evocaban juntas a la Reina D.^a Isabel y aquellos días inolvidables pasados en palacio y Sitios Reales cuando la infanta Paz era una niña testigo de la crianza de su hermana* (4).

Como corresponde al momento histórico en el que estamos, y por su condición de mujer, tenía

la real nodriza que venir provista de la autorización que el marido debía darle. El de la burgalesa que ya conocemos, Juan Ontañón, de 25 años, natural y residente en Carazo, labrador de buena estatura; el tiempo que tiene desocupado de las faenas del campo trabaja de carpintero, extendió de su puño y letra la siguiente: *Como esposo que soy de Andrea Aragón, la doy gustoso mi consentimiento para que se traslade a Madrid para servir de ama de lactancia del infante o fantita que dé a luz Su Majestad. Y para que conste, lo firmo en Burgos a 3 de enero de 1864.*

Pero sin quererlo, y por seguir el rastro de las primeras pasiegas que a Madrid vinieron, hemos tratado ya mucho de infantes y de princesas. Veamos qué sucedía en casa de los pudientes cuando se llegaba un parto. En 1830 el médico Aso —el que Fernando VII envió a Santander por vez primera— colocó junto al expediente de una de las candidatas a ser nodriza real el siguiente epígrafe que la descartaba: *por haber criado en Madrid. Y aunque sabemos que ya en el siglo de las luces se fue haciendo habitual la figura del ama, esta acotación del médico Aso viene a confirmarnos cuánto se preciaban ya entonces las de origen septentrional. Mesonero Romanos se refiere a este hábito que las clases acomodadas iban tomando de buscar ama, cuando en 1835 dice: Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño, y ha necesitado vacunación, a menos que haya transigido con las viruelas; ha necesitado nodriza, siempre que su madre no haya pertenecido a la plebe (5).* Dos años después, insiste el escritor madrileño en que la costumbre se va afianzando, con el cambio generacional, entre las clases elevadas; escribe en *Ayer, hoy y mañana: Cap. II La Madre ... Dos hermosos niños vinieron sucesivamente a endulzarlo. Criábalos ella misma por no haberse establecido aún la funesta moda que releva a las madres de este sublime deber; vivía con ellos y para ellos y sus gracias inocentes casi la llegaron a conciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos. Cap. III La Hija ... Así que nuestra joven mamá, en los primeros momentos de su entusiasmo casi estuvo determinada a criar por sí misma a su hijo, y como que sentía una nueva existencia al aplicarle a su seno y comunicarle su propio vivir. Pero la moda, esta deidad altiva que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho mostró a su esclava la seductora Faz, y con voz fuerte y apasionada: ¿Qué vas a hacer —la dijo— joven deidad? a quien yo me complazco en presentar por modelo a numerosos adoradores. Vas a renunciar a tu libre existencia, vas a trocar tus galas y tus tacados, tus*

fiestas y diversiones, por esa ocupación material y mecánica que ofuscando tu esplendor presente compromete también las esperanzas de tu porvenir. Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la Sociedad te promete, ignoras en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor, ese que tú llamas imperioso deber, y acaso, viendo marchitarse sus gracias ... No digas más, prorrumpió agitada Margarita, no digas más. Y la voz de la Naturaleza se ahogó en su pecho. Y el eco de la moda resonó en los más recónditos secretos de su corazón. Impulsada por este movimiento, tira del cordón de la campanilla y llama a su esposo, el cual sonreía a la propuesta y conferencia con ella sobre la elección de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del Valle de Pas vienen a ofrecerse para este objeto. El facultativo elige la más sana y robusta, pero la mamá no sirve a medias a la moda y escoge la más linda y esbelta. Al momento, truécense su grosero zagalajo en ricos manteos de alepín y terciopelo con franjas de oro; su escazo alimento en mil refinados caprichos y voluntarios antojos; y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearse libremente por calles y paseos y retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz. De esta manera pudo ser madre Margarita y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de Carolinas y Ruberos, Amalteas y Paramundos, con otros nombres así (6).

El querido lector sabrá disculpar lo prolijo de la cita, pero en ella encontramos condensados todos los aspectos que sobre la nodriza, aunque sea de pasada, queremos ir revisando en el breve espacio de este artículo. Su razón de ser: ¿necesidad o capricho?; procedencia de las nodrizas: ¿ciudad o campo?; criterios para su elección: ¿médico o estético?; su atavío: ¿propio o profesional?; su estatus: ¿simple asalariada o consentida?; y aún otros detalles como los puntos de arriba y de reunión que frecuentaban.

Se ha hecho siempre hincapié, y el texto de Mesonero no es una excepción, en que buscando ama se excusaba a la madre de una brega continua que, a la pastre, desfiguraba sus senos; pues dice el proverbio que *El parir embellece y el criar envejece*. Pero no es menos cierto que el período de lactancia, prolongado por regla general durante dos y hasta tres años, era el único control que sobre la natalidad podían ejercer los padres que se dedicaran con fruición a preservar la especie. Así, Margarita pudo cómodamente multiplicar su descendencia. Los pobres se empeñaban en alargar por ello esta primera etapa en la vida de sus hijos; pues los niños, armados ya de

dientes y pidiendo teta a voz en cuello, eran los encargados de evitar la llegada de un hermanito que engrosando la prole, comería también del puchero familiar.

Por el contrario, engendrar hijos era para la realeza un reto constante, pues de ello dependía que se perpetuara o no la dinastía en el trono. La multitud de cadáveres infantiles que descansa hoy en el Panteón de Infantes de El Escorial da fe de ello; diríase que una sorda batalla entre la vida y la muerte mantenía siempre abiertos la cuna dorada y el blanco ataúd. Margarita de Austria, primera y única esposa de Felipe III, parió ocho hijos entre 1600 y 1611; Isabel de Borbón, desde 1621 a 1638 concibió ocho veces a expensas del rey galante, Felipe IV; la sobrina y segunda mujer de éste, Mariana de Austria, alumbró seis hijos en diez años. La casa de Borbón no fue menos prolija a este respecto; el primer rey de este apellido, Felipe V, tuvo de su

primera esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, cuatro vástagos entre 1707 y 1713. Casado en segundas nupcias con Isabel de Farnesio, le dio la italiana otros siete hijos en los años que van de 1716 a 1729. La reina Amalia de Sajonia, venida desde Nápoles con Carlos III, tuvo en Italia trece partos entre 1740 y 1757. Su nuera, María Luisa de Parma, la esposa del paciente Carlos IV, alumbró trece veces (con un único y sonoro doble parto en la real familia) entre 1771 y 1794. Y, para acabar, la de los tristes destinos, Isabel II, parió nueve infantes en quince años; y así un largo etcétera que se prolonga en la historia hasta que el triunfo de las vacunas y la higiene hizo que el porcentaje de infantes muertos se redujera al mínimo. Como dijo el doctor Marañón: *Siendo tradición en las mujeres españolas ser madres, parir hasta la muerte, y más en las reinas para asegurar la egregia sucesión* (7), no resulta extraño que la mayor parte de estas regias cluecas murieran de sobreparto o completamente agotadas con tanta maternidad, sobre todo si tenemos en cuenta que empezaban a parir en cuanto apuntaba en ellas la edad fecunda.

Las nodrizas se buscaron generalmente en el ámbito rural. La Casa de Austria, y después la de Borbón, eligió mujeres ya de la misma Corte, después de sus alrededores; y así como se expanden las olas de un estanque herido por la piedra, llegaron en su quehacer los reales médicos hasta las Provincias Vascongadas, Asturias, Galicia... y Cantabria. Diríase que las montañas eran para aquellos galenos un certificado de salubridad. Resulta curioso que cuando salieron éstos a buscar amas para la infanta Eulalia, de la que ya hemos hablado, colocasen junto al expediente de Petra Rodríguez, de 23 años, nacida en el barrio de San Pedro del mismo Burgos, *un podría servir, pero es mujer de ciudad*. Y ya antes, en 1851, en una de las más antiguas monografías que se han dedicado a la nodriza, decía Bretón de los Herreros: *pero haya pacido las hierbas del Septentrión o las del Oeste de la Península, es forzoso que la nodriza sea montañesa para aspirar a la honra de dar teta al mamón que nació en dorada cuna* (8). Poco a poco se fue estableciendo una valoración de las amas según su procedencia; a la cabeza las pasiegas, y en general las santanderinas, después las vascas, asturianas, gallegas... hasta el punto de que muchas aldeanas intentaron hacerse pasar por originarias de aquel Valle para elevar así su estatus dentro del oficio. Como veremos más adelante, al institucionalizarse el traje semiprofesional que llamaremos de ama-pasiega, éste se dio incluso a mujeres que, carcerales ya del castizo traje de su comarca, veían en aquel atuendo un elegante gaje de su temporal ocupamiento (vid. fig. 1).



Fig. 1: Librada Plaza García (1896-1981), natural de Arganda del Rey (Madrid). Crió en casa de los joyeros Sanz de Madrid, en 1917, donde se atavió con el traje de ama-pasiega. (Col. J. de la Torre Briceño)

Respecto a las condiciones que la madre de leche debía reunir, tenemos un antiguo documento que regula las características de una nodriza real en época del Rey Sabio: *facere debe el rey guardar sus hijos los que primeramente deben facer esta guardia ha de ser el rey e la reina. Deben haber buenas amas que hayan leche asaz (abundante) e sean bien acostumbradas e sanas e fermosas e de buen linaje e de buenas costumbres e señaladamente que non sean muy sañudas. Ca si hobieren abundancia de leche o fueren ben complidas e sanas crían los niños sanos e recios, e si fueren fermosas e apuestas amarlas han más los criados que habrán mayor placer cuando las vieren, e si non fueren sañudas criarlos han más amorosamente e con mansedumbre que es cosa que han mucho menester los niños para crecer aína (deprisa) (9).*

Tan importantes como las condiciones físicas se juzgaban las morales a la hora de seleccionar ama. Teníase por artículo de fe el que con la leche tomaba el niño las virtudes y defectos de la que lo alimentaba. Dícese que *lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama*; y ya de muy antiguo tenemos citas que atestiguan este cuidado. La pícaro Justina cuenta que: *Una ama ladrona crió con su leche a un emperador, y salió tan inclinado a hurtar que por satisfacer su inclinación hurtaba. Pero para remediar este daño pregonó el emperador que cuando se hallase faltar alguna hacienda mueble algún cortesano, la primera diligencia que hiciere la justicia fuese buscarle en su imperial palacio (10).* Años después, *El Donado Hablador* Alonso aseguraba que la bárbara condición del emperador Nerón se debió a que la nodriza que lo amamantaba untábase con sangre los pechos antes de alimentarlo; a lo que responde el cura que con él dialoga: *También yo me acuerdo de haber leído una mala costumbre de un mozuelo a quien crió una lechona, que no tenía sosiego, ni cabía en sí si cada día no se desnudaba y se metía en algún cenagal, costumbre que tomó de quien le dio la leche, cosa que causaba grande admiración a cuantos lo veían.*

ALONSO: Bien se conoce esta verdad en los católicos príncipes nuestros que Dios guarde, pues entre las condiciones que ha de tener el ama que los ha de criar, ha de ser que no beba vino, ni lo haya bebido en ningún tiempo (11). Hasta tal punto estuvo arraigada esta convicción, que a mediados del siglo XVIII no se dudó en achacar la epilepsia que padecía el primogénito de Carlos III, el infante Felipe Pascual, al hecho de haber mamado de su nodriza cuando ésta acababa de mantener una acalorada disputa (12). Y hasta los últimos tiempos en que las amas brindaron sus servicios en las casas acomodadas, se tuvo

buen cuidado de no incomodarlas, de consentirlas más bien, con cuantos caprichos de toda índole, gastronómicos o de adorno personal, solicitaban. Esta actitud consentidora por parte de los señores acarrió a las nodrizas muchas veces el odio del resto de la servidumbre que no dudó en valerse de cualquier medio para retirar la leche del ama y conseguir que se la despidiera. Una aldeana pasiega, nieta y sobrina de amas, afirmaba que *las echaban perejil en la comida pa que se les marchara la leche (13).*

Si la Casa Real tuvo desde el siglo XVIII un gabinete médico destinado a la selección y control de las nodrizas reales, no fue hasta mediados del siglo XIX cuando las juntas municipales instituyeron este servicio para supervisar la salud de las numerosas aspirantes que cada día venían a la ciudad desde la aldea. Pérez Galdós nos relata el ambiente en uno de estos consultorios instalado en el Gobierno Civil de Madrid: *Quedeme pasmado al entrar en aquella gran pieza, nada clara ni pulcra, y ver el escuadrón mamífero alineado en los bancos fijos en la pared, mientras dos facultativos, uno de los cuales era Miquis, hacían el reconocimiento. El antipático ganado inspiraba repulsión grande, y mi primer pensamiento fue para considerar la horrible desnaturalización y sordidez de aquella gente. Las que habían tomado por oficio semejante industria se distinguían al primer golpe de vista de las que, por una combinación de desgracia y pobreza, fueron a tan indignos tratos. Las había acompañadas de padres codiciosos, otras de maridos o arrimados; rarisimas eran las caras bonitas, y dominaba en las filas la fealdad y la expresión de astucia; era la escoria de las ciudades mezclada con la hez de las aldeas. Vi pescuezos regordetes con sartas de coral, orejas negruzcas con pendientes de filigrana, mucho pañuelo rojo de indiana tapando mal la redondez de la mercancía, refajos de paño negro, redondos, huecos, inflados, como si ocultaran un bombo de lotería; medias negras, abarcas, zapatos cortos, botinas y pies descalzos. Faltaban en la pared los escudos de Pas, Santa María de Nieva, Riofrio, Cabuerniga y Cebreros; como inscripción ornamental el endecasílabo de aquel poeta culterano que, no teniendo otra cosa que cantar, cantó la nodriza y la llamó "lugarteniente del pezón materno".*

Entraban personas que, como yo, iban en busca del remedio de un niño, y se oían contrataciones y regateos. Había lugarteniente que elogiaba su género como un vinatero el contenido del pellejo. Había exploraciones de que, en otro lugar, se espantaría el recato. Curioso de durezas para distinguir lo muscular de lo adiposo; y como en el mercado de caballos, se decía: Veamos los dientes; y se observaban el aire, la andadura, el

alzar y mover las patas (...). En un lado el facultativo examinaba areolas, en otro Miquis, después de rebuscar vestigios, y poniendo en él la preciosa sustancia de nuestra vida, miraba junto a una ventana al trastez la delgadísima lámina líquida entre cristales extendida. En esta toda es agua, decía; esta tal cual, mayor cantidad de glóbulos lácteos... (14).



Fig. 2. Un ama elegante a principios de siglo. Zapatos de hebilla, pañuelo apuñalado, sombrilla y mil perendengues han ido conformando el atuendo de esta matriz retratada por Albiacn (Pla. del Sid, 74; Madrid). (Col. del autor).

Si recordamos el texto de Mesonero, que nos va sirviendo como hilo de Ariadna, triunfó entonces, a pesar del criterio médico, el gusto de la mamá nueva, que quería ante todo un maniquí esbelto donde colocar el recargado traje de ama. Este exótico atavío debió tener por asiento el traje tradicional que las serranas burgalesas y, más tarde, las aldeanas cántabras, traían a la Corte cuando a criar venían. Sustituidas las gruesas estameñas por lustrosos paños, y recamadas las prendas de relumbrantes galones y anchas cintas de terciopelo, quedó conformado el paramento en el que poco a poco se irían añadiendo caídas y perifollos a más de una sonora

cascada compuesta por blancas cadenas y encendidos corales.

Lentamente los vestigios del campo se difuminan o pierden. El pañuelo o la toca, que antaño debieron de cubrir por completo el pelo, se van apantando, como un cucurucho de seda multicolor que se alza sobre el colodrillo, coronando ya el arranque de la endrina trenza, ya el moño zorongó (vid. fig. 2). El cuévano, donde las primeras pasiegas traerían su cargamento de terlices y cortes para chaleco, fruto del contrabando textil al que tanto se dieron (15) exiguo equipaje, queda pronto relegado a la estampa del recuerdo; y, como tantos usos y objetos folklóricos, se ve ya sólo en la espalda de los niños en tiempo de carnaval. De la lozana pasiega, portadora de un recio cuévano, que pintara Lorenzo Tiépolo (1696-1770) en su serie de tipos populares para el Palacio de Oriente, no queda-



Fig. 3. Ama salmantina retratada por F. Porcierra (P.º de los Carmelitas, Salamanca) (Col. del autor).



Fig. 4. Ama mallorquina retratada por Román Ribas (C/. Palacio; Palma de Mallorca). (Col. del autor).

ba a comienzos de este siglo más que la imagen que debemos a la pluma de Solana: *Por la noche hay grandes bailes de máscaras en los teatros principales de Madrid, y muchas se meten, ya sin careta, en los cafés, viéndose junto a sus padres algunos niños vestidos de pierrot. Una niña, disfrazada de ama montañesa, con el cuévana a la espalda y con almadreñas, toma un vaso de leche* (16).

Podemos afirmar que hacia 1850 estaba ya configurado el traje de ama-pasiega tal y como subsistió hasta la Guerra Civil (17), y tal y como lo recuerdan aún muchas personas que, siendo niños, quedaron impresionados por aquel lujo asiático tan discordante con los talles bajos y los peinados a lo garçon que portarían sus madres. Allí donde las viera Gautier, en el Prado madrileño, entre Cibeles y Colón, pasearon las amas la ampulosidad de sus manteos, la gracia de sus chaquetillas y la opulencia de sus primitivas joyas, hasta casi los años cuarenta del siglo que ahora nos deja; *bajeles empavesados* las llamó entonces Chueca Goitia (18).

Pero no todas las amas adoptaron el traje que hemos descrito. Muchas de ellas, orgullosas aún de portar la vestimenta propia de su tierra, se-

guirían llevándola —enriquecida, eso sí— al tranc su domicilio desde la aldea a la calle urbana. Pongamos como ejemplo la salmantina (fig. 3), la mallorquina (fig. 4) o la aldeana madrileña que no quiso trocar su pañuelo del ramo por la ajustada chaquetilla (fig. 5). Incluso el ama que, vestida a lo pasiego, acompaña al niño del caballito (fig. 6), anuda el pañuelo con que se toca más a la manera del occidente astur-leonés que *a lo vivo*, como lo haría una montañesa. Nada hay que decir respecto a la arrogante segoviana que, tras haber posado su montera en un azafate, muestra altanera la galanura de su atuendo (fig. 7) (19).



Fig. 5. Ama madrileña retratada por Fot. de los lijanos (Tetuán, 20, Madrid). En el reverso se lee: «Albertito Méndez Romero A la edad de 5 meses. Año 1886». (Col. del autor).

Pero volviendo al recamado traje de ama-pasiega, y para hacer su pintura, recurriremos a las descripciones de aquel tiempo, muchas de las cuales son obra de nuestros grandes costumbristas. En 1856 el letrista Luis Eguilaz escribió un libreto al que más tarde pondría música Fernández Caballero; entre ambos alumbraron la zarzuela titulada *El salto del pasiego*. En ella Eguilaz hace esta graciosa evocación del traje que ahora nos interesa: *Con mis patenas de pla-*

ta / y sartaes de coral, (señalándose el pecho) / saya con franjas doradas, / pecherín y delantal / bordados de lentejuelas / y grandes lazos atrás, / con hebillas en zapatos / que crujan mucho al andar, / las medias con sus cuchillas / que a la pierna hagan mirar / y pañuelo a la cabeza / que diga: Valle del Pas, / de envidia las madrileñas / al verme se morirán (20).



Fig. 6. Ama con traje pasiego, tocada al estilo astur leonés. Retrato en Madrid por Otero. (Col del autor)

En 1882 el novelista canario comenta por boca de *El amigo manso*: *Ella había buscado el ama y la había vestido poniéndole más galones que a un féretro, collares rojos y todo lo demás que constituye el traje de pasiega* (21).

Pocos años después, la Pardo Bazán, una de las pocas defensoras de nuestra protagonista, hacía este abigarrado retrato de un ama: *Nos deslumbra el rojo fuerte de las sartaes de coral, nos ciega el azul de las cuentas de vidrio y el relucir de las arracadas de filigrana pendientes de rollizas orejas. Nos recrean los tonos gayos de pecheras y justillos, la majeza de las amplias sayas de ruedo galoneadas y del pañuelo de seda que cubre la trenza dura de la pasiega beldad* (22).



Fig. 7. Ama segoviana que sirvió en Palacio. Vid. nota 17. (Archivo Palacio Real de Madrid).

Y ya, en 1923 decía Gutiérrez Solana al hablar del Carnaval madrileño: *En la calle de Génova se ve en las casas a las señoras asomadas a los balcones, acompañadas de sus hijos y las amas de cría, gallegas y montañesas con lujosos trajes de terciopelo y muchos collares de coral y monedas de plata y oro cayéndoles hasta la cintura* (fig. 8).

Todas estas descripciones, fotografías y cuadros, recuerdos en fin guardados en la memoria, coinciden en destacar la nota de color rojo que ceñía la garganta de la nodriza y aún caía por su pecho hasta alcanzar la cintura. Ya en *La desheredada*, ambientada en 1870, decía la protagonista extasiada ante las lindezas de un escarapate: *Pisaré esas alfombras, las amas de cría de mis niños llevarán esos corales* (23). Si bien es cierto que los corales fueron y son adorno propio de las serranas y montañesas, no parece desatinado afirmar que, si se perpetuaron y aun aumentaron en tamaño y número estas sartaes en el traje de ama-pasiega, fue también por una ancestral creencia que hace de los corales uno de los más eficaces antidotos contra el mal de ojo en los niños. Los numerosos cuadros que representan a infantitos de la casa de Austria en edad de lactancia, nos los muestran cargados de amuletos entre los que no falta nunca el colorado pólipio. Un curioso retrato de Ana de Aus-



Fig. 8. Ama madrileña en traje de ama-pastega, retratada por Padrò (Cf. Huertas, 70; Madrid). (Col. del autor).

tria, luego reina de Francia por su matrimonio con Luis XIII, nos la muestra muy niña llevando, según Torneo: *delantal y gran cuello levantado con randas; embraza una rama de coral con la mano derecha, que muestra, como la izquierda semicaída, muchas sortijas. Al pechito, como retablo, penden cruces y relicarios; y de la cintura cuelga la alegría de la campanilla, el cuerno y el sonajero y la superstición de la mano de azabache haciendo la higa* (24). En 1611, al publicar Covarrubias su diccionario, insiste en esta idea al comentar la palabra *aojar*: *...hoy día se sospecha que en España hay en algunos lugares*

linajes de gentes que están infamados de hacer mal poniendo los ojos en alguna cosa y alabándola, y los niños corren más peligro que los hombres por ser ternecitos y tener la sangre tan delgada, y por este miedo les ponen algunos amuletos o defensivos y algunos dijes, ora sea creyendo tienen alguna virtud para evitar este daño, ora para divertir al que mira, porque no clave los ojos de hito en hito al que mira. Ordinariamente les ponen mano de taxugo, ramillos de coral, cuentas de ambar, piezas de cristal y azabache, castaña marina, nuez de plata con azogue, raíz de peonía y otras cosas (25). Filigranas y corales acabaron siendo, en el ámbito urbano, adorno exclusivo de las nodrizas, dando lugar a comercios especializados donde adquirir estas alhajas. Solían componer el aderezo de un ama varias cadenas de plata, unas sencillas y otras con monedas soldadas en su derredor; al extremo de la más luenga colocaban muchas veces una Virgen del Pilar hecha en bulto redondo, al estilo de la que las ansotanas de Huesca ponen al pecho. La garganta se ceñía ya por apretado collar hecho con monedas escalonadas, ya por gargantillas rojas, y a veces por ambos adornos. Los pendientes se formaban con tarines o realitos de plata, soldados en grupos de cuatro o cinco, o por tres esferas de filigrana de tamaño creciente que horadaban las orejas con abiertos y agudos ganchos. Un par de agujones gruesos, rematados por esferas de filigrana, a juego con los pendientes, servían para prender el airoso pañuelo del que partía a veces una larga y lustrosa trenza (fig. 9). Aún hoy queda en el corazón de Madrid un viejo establecimiento que, en plena calle Mayor, ostenta el rótulo de *Las amas de cría* (26). Pérez Galdós nos da de nuevo los informes que precisamos para documentar esta práctica en el Madrid de 1870. En *Fortunata y Jacinta* se establece este diálogo entre Barbarita y su criado Estupiñac:

— Señora, señora. Ayer y anteayer entró el niño en una tienda de la Concepción Jerónima donde venden filigranas y corales de los que usan las amas de cría.

— ¿Y qué?

— Que pasa allí largas horas de la tarde y de la noche. Lo sé por Pepe Vallejo, el de la cordeletería de enfrente, a quien he encargado que esté con mucho ojo.

— ¿Tienda de filigranas y de corales?

— Sí, señora, una de estas platerías de puntapié que todo lo que tienen no vale seis duros.

— No la conozco.

— Se ha puesto hace poco, pero yo me enteraré.

Aspecto de pobreza; se entra por una puerta vidriera que también es entrada del portal, y en el vidrio han puesto un letrero que dice "Especialidad en regalos para amas" (27).

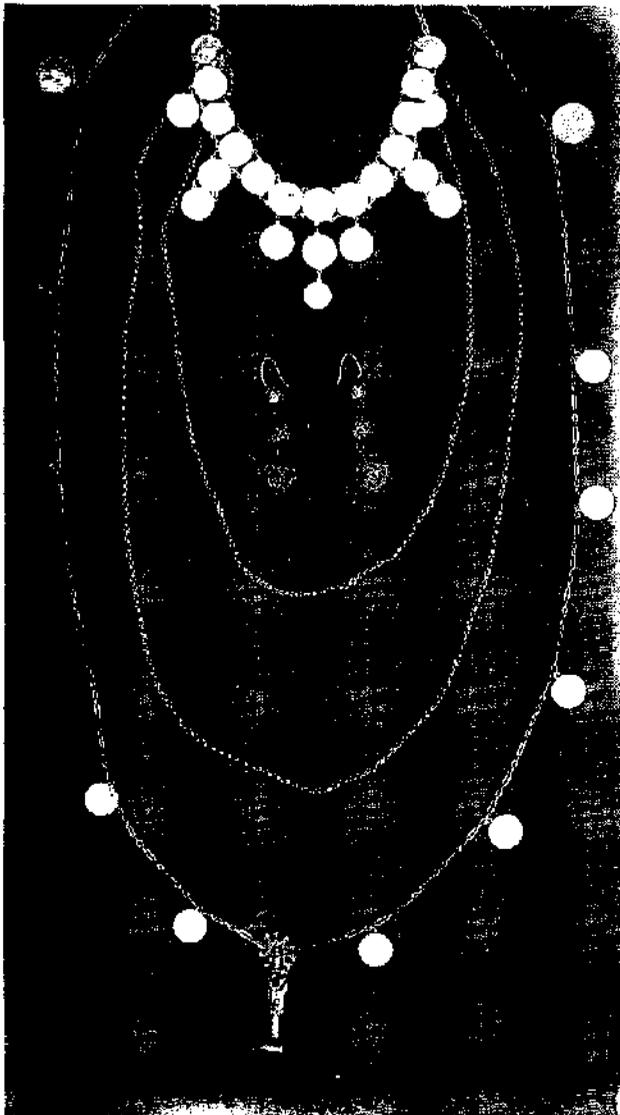


Fig. 9. Aderezo en plata para un traje de ama-pastega. (Col. y foto A. Díez Austin).

Las aspirantes a ser ama en la ciudad entraban en ella ya a pie, ya en carruaje —según fueren sus posibles— y, cuando traían acomodo, pasaban directamente a casa de sus nuevos amos. Si no traían destino concreto, y eso era lo frecuente, solían parar en un punto que por tradición ya se había establecido. En la Corte fue este sitio, al menos por dos centurias, la plaza de Santa Cruz. En el siglo XVIII reparaba en este mercado Fray Gerundio de Campazas: *Hay en la plaza de Santa Cruz de Madrid un mercado diario de carne humana cuya influencia en las cos-*

*tumbres no se ha pesado todavía. Los que pasan miran, ven un grupo de pasiegas sentadas en el suelo o en las piedras que forman el borde de un portal, las unas con un niño de pecho, las otras sin él; ... ¿Qué hacen aquí estas pobres y robustas montañesas, las unas comiendo un mendrugo de pan, y las otras indicando en su semblante que no les desagradaría comerle? ¿qué hacen? Esperar pacientemente que alguna madre pobre y desventurada, o que alguna en nombre de otra madre rica y de galones, se acerque a contratarlas para que por tanto más cuanto den a su hijo el alimento que llevan en sus pechos (28), y a ella alude el texto de Mesonero que vimos al principio cuando dice: ...y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz. Allí esperaban pacientemente la llegada de algún padre acomodado o mayordomo de casa rica en busca de sus servicios; mientras, y para no perder el capital líquido de su empresa, daban el pecho a tal o cual mamoncillo hijo de alguna pobre menestrala a quien se le retiró la leche. Pero con la generalización de la prensa, a mediados del siglo XVIII, comienzan a aparecer en gacetas y diarios los anuncios con que las amas ofrecen sus servicios. En 1835 estos aparecían en el *Diario de Madrid*, y en su penúltima página, en aquella parte destinada a las habitaciones, nodrizas, viudas de circunstancias y demás objetos de alquiler (29). Insertado el anuncio, y mientras acudían los posibles clientes, se valieron muchas veces de un perrillo recién nacido que portaran en un canastillo durante el viaje. Lo sabemos por el testimonio de algún viajero, sorprendido ante el fenómeno, y también por uno de esos curiosos anuncios que las pretendientes solían insertar en gacetas y periódicos; uno de estos, aparecido en Zaragoza en 1797, reza así: *El que necesite de un Perrito para tirarlos Pechos acudirá al Despacho del Diario (30). Posterior en el tiempo es el relato de Gautier a quien ya sorprendimos en el Prado madrileño; de una posada en un camino nos cuenta que: En la sala que comíamos, una mujer corpulenta con aspecto de Cibeles, se paseaba de largo llevando bajo el brazo un cestillo oblongo cubierto con una tela, del cual salían unos débiles lamentos aflautados, muy semejantes a los de un niño pequeño. Aquello me intrigaba mucho, porque la cesta era tan pequeña que sólo podía contener un niño microscópico, un liliputiense propio para exhibirse en una feria. El enigma tardó poco en explicarse: la nodriza —pues esto era aquella mujer— sacó del cesto un perrillo canelo, se sentó en un rincón y dio gravemente el pecho a este mamoncillo de un nuevo género. Era una pasiega que se dirigía a Madrid a criar y se valía de aquel medio para no quedarse sin leche (31).**

Pero desgraciadamente no fue siempre bien vista la aldeana que con sus pechos venía a dar

nueva vida a la criatura exangüe. Se la consentía como un mal necesario, y quienes solicitaban y precisaban de sus servicios no dudaban en denostarla. *Cien groseras aldeanas del Valle de Pas* dice Mesonero Romanos; *humana vaca*, dice de una Pérez Galdós; y aún en las canciones de corro y comba cantaban los niños:

*Piensen las amas de cría,
piensan y no piensan bien,
piensan que son señoritas
y son burras de alquiler* (32).

Muchos asentaban esta antipatía en la idea de que el ama hacía de su alumbramiento un mero negocio que la sentara desde el duro escañón aldeano en el mullido sofá de las ciudades, sin reparar en los medios para obtener tan ventajoso cambio. Pedro Antonio de Alarcón lo expresa en estos rípios poco afortunados: *...buscando en el amor, franco deporte, / abren a estos gazzápiros el lecho, / y sin que el hijo luego les importe, / anuncian leche fresca en el diario / a las bellas madrastras de la Corte* (33). Mil historias corrían sobre los procedimientos que muchas de ellas seguían para acceder de forma rápida y precisa a la maternidad; así describe un autor este triste asunto: *De las provincias más deprimidas, que eran casi todas, llegaban a Madrid docenas de mozas sanas y humildes que buscando escapar de la miseria del medio rural, aceptaban ganarse la vida como amas de leche. La inexcusable preñez inicial que les haría bajar la leche la proporcionaba, a cambio de módicos emolumentos, un tal Paco, apodado "el seguro", que se ofrecía para tan delicado expediente en la Plaza Mayor de Madrid. En la tarifa del garañón iba incluida la colocación de la moza en una casa de confianza que él mismo agenciaba* (34). Pero si el ama no tenía aún acomodo pero sí el pecho rebosante, podía acudir a algún establecimiento dedicado a trajinar con este tipo de mercancía. Sustituyeron estos al antiguo punto que las nodrizas tuvieron en la plazuela de Santa Cruz y, al menos los situados en los barrios más castizos, no debieron tener muy buen predicamento; gracias a Eugenio Noel sabemos donde se ubicaba una de estas casas en 1895: *Cerca del colegio (las escuelas pías) estaba la maternidad y una agencia de amas de cría en la calle de Mesón de Paredes* (35). En uno de sus *Episodios Nacionales*, Galdós justifica de alguna forma este mecanismo cuando dice: *A propósito de esto, hizo Gracián una observación que sintetiza su gracioso cinismo; dijo que los tenorios rústicos prestan un gran servicio a la sociedad contemporánea, porque ellos contribuyen en gran parte a la producción de amas de cría y al fomento de esta clase tan útil para la lactancia de los niños de madres pudientes. El mal y el bien andan enla-*

zados en el mundo, y a cada instante vemos que algún trozo del edificio de las virtudes sociales se caería si no estuviera apuntalado por un vicio. ¿Qué sería de la infancia rica sin tanto menoscabo y deshonor de muchachas pobres? Y si las criaturas ganan al cambiar el esquilmo pecho de sus madres por el exuberante de las nodrizas, también estas salen gananciosas, porque se desarnan, se civilizan y al concluir llevan al pueblo sus ahorros y encuentran un labrador honrado que se casa con ellas (36).

La estancia del ama junto a su nueva familia terminaba a veces con la lactancia del niño para el que fue contratada; en algunos casos pudo volver para amamantar el fruto de otros partos paralelos a los de ella. Pero solía ser lo más frecuente que la nodriza, terminada su misión, permaneciese entre la servidumbre de la casa con el sonoro título de *ama seca*. Su papel era entonces un tanto equívoco; como el ungüento amarillo, para todo se aplicaba: ama de llaves, niñera, recadera para mandados de confianza... y así su lozana fisonomía se iba arrugando entre cortinones de terciopelo, tras los cristales del balcón, como esas manzanas tersas que guardaban en la aldea de donde partió un día. Hay un gracioso párrafo, dedicado a esta figura, en la obra del escritor cómico Alvaro de Laiglesia: *En el mismo vagón viajaban muchas amas mojudas de las provincias norteñas que iban a poner anuncios en los periódicos de Madrid ofreciéndose para eso. - Tenemos que darnos prisa en llegar, no sea que nos sequemos en el camino -decían las amas mojudas muy nerviosas, tapándose con sus toquillas para que no les diera el sol en el busto* (37).

El papel que representó la nodriza en la sociedad burguesa y aristocrática del siglo XIX y primer cuarto del XX, no fue como es lógico, algo meramente español. La Europa Occidental toda optó por tener uno de estos personajes entre el cuadro de la servidumbre como exponente de su opulencia. Fernán Caballero describe a una familia inglesa, de la primera era victoriana, que realiza al completo una larga travesía en barco, viaje muy frecuente en aquella época colonial: *Sin embargo, mucho excitó su interés la familia de un oficial inglés cuya esposa había llegado a bordo tan indispuerta que fue preciso llevarla a su camarote; lo mismo se había hecho con el ama y el padre la seguía con el niño de pecho en los brazos, después de haber hecho sentar en el suelo a otras tres criaturas de dos, tres y cuatro años* (38). La sagaz pluma de Marguerite Yourcenar nos ha legado un valiosísimo testimonio autobiográfico respecto a la crianza de niños acomodados en la Francia de los años anteriores a la primera Gran Guerra; no podían escapar a la pupi-

la de esta gran escritora los aspectos pintorescos como la indumentaria, pero también los que abordan, en una severa crítica social, la pobreza espiritual a la que conduce irrevocablemente la miseria material: *El marido de Fernande* (son sus padres) *no ha querido que empleasen a una nodriza, pues le parece odioso que una madre abandone a su hijo para dar de mamar, a cambio de un salario, al hijo de unos extraños. También en esto le han hecho abrir los ojos las sórdidas aglomeraciones rurales del norte de Francia. Se indigna de que una muchacha pobre se deje cubrir por un amante de paso, a menudo en connivencia con su propia madre, con la esperanza de poder encasquetarse, a los diez u once meses, el gorro lleno de lazos que se ponen las nodrizas, y de encontrar un buen puesto en la casa de algún rico, que acaso pueda conservar durante años si más tarde, de ser ama de cría pasa a ser la criada de los niños* (39).

Y para dar fin a este pequeño ensayo, que acaso algún día florezca y se convierta en libro, quiero traer a colación un relato *—La nodriza y el cielo—* escrito por Juana de Ibarbourou (40) que refleja con singular ternura el sentimiento que le inspiró un ama, su propia ama. En el ambiente estanciero de fines del XIX, alejados del lujo y la presunción de las ciudades burguesas, es allí la nodriza un ser próximo a la familia, que conservó hasta el final su atavío, su lenguaje y, sobre todo, la ingenuidad lógica de quienes tienen su propia cosmogonía. Por el eco de ternura que tenía la voz que me lo leyera, quiero terminar con él estas notas sobre las amas: *Feliciana, según lo contaba ella misma, llegó a mi casa cabalgando un caballo moro y sentada en una montura de bayeta roja con clavos dorados, préstamo de Doña Ana de Feitas, que la enviaba a mi madre. Ese día yo cumplía una semana de existencia; su hijo tenía una quincena y ella poco más de veinte años. Con una mano empuñaba las riendas y con la otra sostenía a su pequeño que, recién nacido, todavía parecía blanco, porque sólo con el tiempo es que los negros, como los cuervos, van adquiriendo su color de antracita. Yo era esmirriada, mínima, hambrienta, pues el seno de mi madre no tenía la generosidad de su corazón. Feliciana, sin desatarse siquiera de la cabeza el rojo pañuelo a cuadros, se desabrochó la bata y puso en mi boca su pródiga ubre. Al mes yo estaba tan redonda y luciente como Pedro Bollo, mi hermano de leche. Feliciana, sentada entre las dos cunas, se pasaba el día mirando un libro de láminas religiosas, deslumbramiento para ella que nunca había visto estampas de colores, tomando mate con hierbas aromáticas buenas para la leche o haciendo puntilla de malla, primera enseñanza de mi madre. Era sana, apacible y candorosa. Venía de las sierras de Ace-*

guá; joven animal bondadoso cuya primera incursión a un medio civilizado la constituía esa llegada a mi pueblo natal donde empezó a descubrir el mundo. Hasta la mayoría de las flores y las frutas le eran desconocidas; un jazmín le produjo tal asombro de adoración que casi no se atrevía a tocarlo. —¿Es de veras una flor, no es de género? —No, es una flor natural; huelela. Y ante un racimo de uvas de granos redondos y morudos: —¿Es también una flor? —No, es una fruta, se come, pruébala (...) Cuando se le murió su niño —los dientecitos de leche de los hijos son la gloria o los infiernos de las madres— Feliciana reconcentró en mí toda su inmensa capacidad de amor. Negra de alma blanca a fuerza de candor y de fidelidad, quedó para siempre en nuestra casa como una planta montaraz, clavel del aire, hierba de putio, prendida del tronco de un árbol ciudadano.

NOTAS

(1) Para estudiar la figura de la nodriza real en la corte española, desde los últimos hijos de Felipe II hasta los tres vástagos que tuvo Alfonso XII, es indispensable consultar el concienzudo y ameno libro de CORTES ECHANOVE, Luis: *Nacimiento y crianza de personas reales en la corte de España entre 1566 y 1886*, Ed. CSIC, Escuela de Historia Moderna, Madrid, 1958.

(2) GAUTIER, Théophile: *Viaje por España*, (Ed. Taifa Literaria, Barcelona, 1985), pp. 97-98. *Klepta* debe referirse a la figura del bandolero-patriota que participó en la lucha por la independencia de Grecia, figura muy del gusto romántico de la época.

(3) Blasco era D. Francisco Blasco, encargado de la Mayoría Mayor de S. M., y D. Sebastián de Aso Travieso, uno de los Médicos de Cámara. Merino, era D. José Fernández Merino, el Oficial de la Veeduría que había de allegar los posibles para tal viaje.

(4) Se llamaba la nodriza Andrea Aragón, era natural de Carazo, y fue seleccionada entre otras para amamantar lo que la reina pariera. Y parió a la infanta Eulalia el día 12 de febrero de 1864. Andrea vivió, desde 1871, en una callecita del propio Burgos, la de las Trinas; allí se desarrolló la entrevista que describió D. Aurelio Gómez González.

(5) MESONERO ROMANOS, Ramón de: "El Diario de Madrid", *Escenas Madrilenas. Primera serie*, Ed. Aguilar S. A., Segunda Serie, Madrid, 1956.

(6) No es ésta la única ocasión en que el costumbrista Mesonero alude con desprecio a las clases populares. Entristece ver cómo se refiere a lugareños y campesinos llamándoles *seres casi racionales*. MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Op. cit.*, Segunda Serie.

(7) MARAÑÓN, Gregorio: *Don Juan*, (Ed. Espasa-Calpe, Madrid), Col. Austral.

(8) BRETON DE LOS HERREROS, Manuel: "La nodriza", *Los españoles pintados por sí mismos*, (Madrid, 1851), p. 36.

(9) ALONSO X: *Código de las Siete Partidas*, Partida II, Título VII, Ley III: *En qué manera deben ser guardados los hijos de los reyes*. Actualizo en parte la ortografía primitiva.

(10) LOPEZ de UBEDA, Francisco: *La pícaro Justina*, (Ed. Aguilar S. A., 4.ª ed., Madrid, 1962), Col. La novela picaresca española, Libro I, cap. II, n.º 2.º.

(11) YAÑEZ y RIBERA, Jerónimo de Alcalá (1563-1632): *El donado hablador Alonso mozo de muchos amos*, Parte I (1624), Parte II (1626), Col. La novela picaresca española. (Ed. Aguilar S. A., 4.ª ed., Madrid, 1962), Parte II, cap. II.

(12) El infante, calificado entonces de imbécil, permaneció en Italia al cuidado del marqués de Taucci cuando Carlos III se trasladó a la Península para suceder a su hermanastro Fernando VI. Véanse al respecto las obras de EZQUERRA del BAYO, Joaquín: *Los hijos de Carlos III*, p. 14. OLIVEROS de CASTRO, María Teresa: *María Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III*, (Ed. CSIC, Madrid), Col. Escuela de Historia Moderna, 536 pp, Cap. III: "La maternidad de María Amalia".

(13) Informes dados por Genoveva Mazorra Barquín, de 73 años de edad, natural de Selaya (Cantabria), entrevistada el día 23 de noviembre de 1989 por Gustavo Cotera.

(14) PEREZ GALDOS, Benito: "El amigo manso", *Obras completas de*, (Ed. Aguilar, S. A., 4.ª ed., Madrid, 1960), t. IV.

(15) Sobre la pasieguería en general puede consultarse la obra de GARCIA LOMAS, Adriano: *Los pasiegos. Estudio crítico, etnográfico y pintoresco (1071-1960)*, cap. V: "La nodriza pasiega y su gran celebridad".

(16) GUTIERREZ SOLANA, José: *Madrid callejero*, (Madrid, 1923).

(17) Sobre la relación entre el traje de aldana pasiega y el semiprofesional de nodriza, debe consultarse la obra de COTERA, Gustavo: *Trajes Populares de Cantabria. Siglo XIX*, (Institución Cultural de Cantabria, Instituto de Etnografía y Folklore Ujoys Sáinz, Santander, 1982), pp. 145-47. Debo al autor de este trabajo valiosísimas informaciones para la redacción de este artículo, a más de ideas bien exactas y encaminadas al verdadero sentido de la indumentaria tradicional.

(18) Conservo con cariño unas fotocopias del ensayo titulado "El aire de la calle" que el propio Don Fernando hizo para mí cuando, buscando datos para este y otros trabajos, le visité en su estudio madrileño de las Salesas. Al hablar del aspecto humano de las calles madrileñas, dice respecto a las amas: *Hay que dedicar una mención aparte a las niñeras y a las amas o ayas, en todos sus grados de humildad. De ellas se ha ocupado mucho Sancha. Eran verdaderos monumentos de la vía pública. Las grandes casas las fletaban y las echaban al mar de la calle empavesadas como bajeles triunfales. Algunas con sus escaroladas cofias, atravesadas por labradas agujas, con sus arracadas y ajorcas de ídolo ibérico, con sus gigantescos lazos en la popa abundante, parecían emular al Bucenubarro de la Señoría de Venecia. Poco a poco fueron desapareciendo de Madrid y el Retiro se vio privado de sus estatuas más barrocas. Se refugiaron en Bilbao, que no quería abdicar de este signo de grandeza, casi feudal. Creo que los navieros se sentían más ufanos de ellas que*

de los yatch blancos que se balanceaban en el Abra. Pero a larga resultó que un aya era un lujo mayor y un signo de riqueza más ofensivo, y quedaron sólo los yatch.

(19) Encontré este retrato en el archivo fotográfico del Palacio Real de Madrid. En su reverso se leía simplemente: *nodriza de Alfonso XII*. Como quiera que este rey no tuvo ningún ama segoviana, supongo que la arrogante retratada debió de ser nodriza de alguna de sus hermanas o de su hija mayor. Estas fueron: Cecilia Pastor, de Turégano, ama de leche durante los pocos días que vivió la infanta María Cristina, del 5 al 8 de enero de 1854 (retratada en 1877 por Laurent, no parecen coincidir sus rasgos con los de nuestra nodriza); Ursula Leonor, de Caballar, nodriza de retén de la infanta María Pilar Borenguela, nacida el 4 de junio de 1861; o Marcelina Manrique Cardial, de Turégano, seleccionada por el doctor Laureano García Camisón entre veintisiete segovianas más, para dar el pecho a la infanta María de las Mercedes, hija de Alfonso XII, nacida en 1880.

(20) La zarzuela se estrenó en el Teatro de la Zarzuela de Madrid el día 17 de marzo de 1878. La componen tres actos divididos en ocho cuadros. Su argumento gira alrededor de un viaje que el cómico doctor Chinchilla hace, por mandato del rey Carlos IV, a Pas para elegir nodriza del futuro infante.

(21) PEREZ GALDOS, Benito: *El amigo...* (*op. cit.*), cap. XV.

(22) PARDO BAZAN, Emilia: *Por la España pintoresca. Viajes*, (Barcelona), p. 25.

(23) PEREZ GALDOS, Benito: "La desheredada", *Obras completas de*, (Ed. Aguilar, S. A., 4.ª ed., Madrid, 1958), t. IV, cap. II.7.

(24) El retrato, fechado en 1602, está firmado por Juan Pantoja de la Cruz (Descalzas Reales de Madrid). TORMO: *En las Descalzas Reales*, (Madrid, 1917), t. I.

(25) COVARRUBIAS y OROZCO, Sebastián de: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Nueva Biblioteca de Crudición y Crítica, (Ed. Castalia, 2.ª ed., Madrid, 1995), p. 101.

(26) Concretamente, se encuentra en el número 43 de la mencionada calle. En su origen fue uno de los pequeños negocios instalados en los soportales exteriores de la Plaza Mayor; más tarde se cerró y pasó a formar parte de esas pequeñas joyerías para composuras que tanto abundaron en Madrid. Su actual propietario, Don Antonio Moreno, me asegura que el comercio debe de llevar abierto unos doscientos años, y que cuando él se hizo cargo del mismo *venían de toda España a buscar los aderezos para las amas, sobre todo los vascos*. Y es que acaso sea en las Provincias Vascongadas donde se vio durante más tiempo la figura del año o ñude llevando estos estrepitosos adornos.

(27) PEREZ GALDOS, Benito: "Fortunata y Jacinta", *Obras completas de*, (Ed. Aguilar, S. A., 3.ª ed., Madrid, 1958), t. III, parte I, cap. IV.

(28) Padre ISLA (Fray Gerundio de Campazas): *Incluido en Teatro social del siglo XIX*, (Madrid, 1846), t. II.

(29) MESONERO ROMANOS, Ramón de: "La posada, o España en Madrid, Cap. I", *Escenas Madrileñas, (op. cit.)*. Aunque en estas líneas venimos casi siempre refiriéndonos a la ciudad de

Madrid, casi todas las conclusiones pueden ser válidas para todas las capitales de provincia donde las amas desarrollaron su oficio. A la generosidad de Joaquín Díaz debo el siguiente anuncio aparecido en el Valladolid del siglo XIX: *NODRIZA. Hay una que desea criar, ya sea en esta población para casa de los padres de la criatura o ya para fuera, con leche de seis meses, muy robusta y joven, en la calle de la Loza, número 13, duran razon.* (El Norte de Castilla). Veamos otro ejemplo tomado de la prensa sanranderina: *Se necesita una nodriza ó ama de leche que no pase de un año que haya parido, que sea amable, aseada, leal y trabajadora. Las personas que han dejado este encargo en la Agencia é Imprenta del Diario, manifestaron además que preferirían á una pasiega de iguales circunstancias.* (Diario de Santander, 19 de julio de 1848).

(30) *Diario de Zaragoza. Desde enero hasta abril de 1797. Nums. 1 al 100.* Facsímil, (Ed. Librería General S. A., Zaragoza, 1985), p. 340. Otros anuncios de amas en pp. 20, 60, 84, 88, 96, 104, 112, 120, 138, 156, 164, 176, 180, 208 y 324. Debo estos informes a Luis Miguel Bajén y Mario Gros Herrero.

(31) GAUTIER, Théophile: *Op. cit.*, p. 73.

(32) MONTALBAN, R.: *El corro de las niñas. Canciones populares infantiles. Piano*, n.º 49 "En la calle de Toledo". La copla satírica alude a las *burras de leche* que pasaban diariamente por Madrid ofreciendo su mercancía, que se ordenaba en el momento, para enfermos y embarazadas. En el lenguaje coloquial madrileño ha quedado el giro *que ya han pasado las burras de leche* para cuando alguien sigue en la cama avanzada la mañana.

(33) ALARCON, Pedro Antonio de: *Viajes por España*, (Imp. de A. Pérez de Uruñ, Madrid, 1883), p. 283.

(34) RSLAVA GALAN, Juan: *Historia secreta del sexo en España*, Col. Biblioteca Erótica, (Ed. Temas de Hoy S. A., Madrid, 1991), cap. XII "El siglo del corsé".

(35) NOEL, Eugenio: *Diario íntimo. La novela de la vida de un hombre*, (Ed. Taurus), cap. V.

(36) PEREZ GALDOS, Benito: "La Revolución de Julio". *Episodios Nacionales*, 4.ª serie. *Obras completas de*, (Ed. Aguilar S.A., reimp. 1.ª ed, Madrid, 1974), t. IV.

(37) LAIGLESIA, Alvaro de: "El baúl de los cadáveres. Don Bigotes. Novela que pudo ser larga", *Antología del Humorismo en la Literatura Universal*, (Ed. Labor S. A., 2.ª ed.; Barcelona, 1961).

(38) BÖHL DE FABER, Cecilia (Fernán Caballero): *La gaviota*, (Ed. Aguilar. 2.ª ed., Madrid, 1962), cap. I.

(39) YOURCENAR, Marguerite: *El laberinto del mundo. I*, (Ed. Alféguara Literatura, Madrid, 1984).

(40) Juana de Ibarbourou nació en Melo (Uruguay) en 1895. Fue una de las primeras mujeres americanas que formaron parte de una Academia de la Lengua; recibió el Premio Nacional de Literatura en 1959, otorgado por primera vez aquel año. Su obra, valiente y avanzada para la época que vivió, gira principalmente alrededor del amor en diferentes manifestaciones. Este relato pertenece a su obra *Cibico Carlo. Cuentos autobiográficos de la infancia* (1944).



ARQUEOLOGOS, ANTROPOLOGOS, HISTORIADORES

Germán Delibes de Castro

I. UN SIGLO DE ARQUEOLOGIA PREHISTORICA: DEL COLECCIONISMO A LAS CIENCIAS NATURALES

Junto a la imagen tópica y casi inevitable de una arqueología aventurera y en gran medida fantástica, algunos de cuyos fotogramas más difundidos son el hallazgo fortuito de las pinturas paleolíticas de la cueva de Altamira por parte de Sautuola, la misteriosa excursión nocturna de Schliemann a las ruinas de Troya para recuperar las alhajas del célebre tesoro con las que engalanó sobre la marcha el cuerpo de Sofía, su esposa, o el apasionante y no por ello menos concienzudo descubrimiento por parte de Carter de la fabulosa tumba de Tutankamón, en el valle de los Reyes, es de justicia reivindicar también la existencia de una Arqueología Científica, de una disciplina cuya personalidad se ha ido acrisolando a lo largo de los dos últimos siglos, hasta situarse a mitad de camino entre la Historia y la Antropología Cultural.

Etimológicamente, Arqueología significa "tratado de lo antiguo", de la historia pasada, siendo ese exactamente el sentido del término conforme fuera utilizado por Tucídides en la Grecia clásica. Con el paso del tiempo, empero, el concepto fue restringiéndose al estudio de la cultura material de la Antigüedad, identificándose como actividad arqueológica tanto el coleccionismo de antigüedades por parte de los mecenas italianos del Renacimiento, como la exhumación por ese mismo entonces del grupo escultórico del Laoconte en las termas de Tito, en Roma. En parecida línea, la Arqueología Clásica, anclada exclusiva o casi exclusivamente en el estudio del arte antiguo, era ya una disciplina bastante consagrada a fines del siglo XVIII gracias a los trabajos del gran sabio alemán Johann Joachim Winckelmann.

Desde la mitad del XIX, obteniendo provecho del debate surgido en torno a la publicación en 1859 del *Origen de las especies por medio de la selección natural* de Darwin, la Arqueología cobró un importante impulso, acreditándose como rama del saber destinada a probar la antigüedad del hombre. Los prehistoriadores franceses Boucher de Perthes, Emile Lartet y Gabriel de Mortillet, movidos por la preocupación de ir más allá del coleccionismo y de la sistemática del estudio de una estética pretérita, introdujeron en sus trabajos de campo del Somme y de la Dordogne innovaciones metodológicas propias de las Ciencias Naturales. Ya no se trataba sólo de recuperar objetos antiguos, sino de hacerlo en un orden, por niveles o lechos geológicos cuya superposición proporcionaba una base de cronología relativa: y además, emulando a botánicos, geólogos y zoólogos, las

piezas recolectadas eran objeto de minuciosa descripción antes de ser clasificadas de acuerdo con una tipología fundada en criterios funcionales y taxonómicos. El resultado de su trabajo fue, así, la construcción de tramas cronológicas de objetos antiguos, más que una historia cultural propiamente dicha, a lo sumo reducida a aquella clasificación de la Prehistoria en cuatro Edades tecnológicas que, matizando una propuesta previa de Thomsen, acuñara en 1865 Sir John Lubbock en su célebrimo *Prehistoric Times*: Paleolítico y Neolítico, dentro de la Edad de la Piedra, y Cobre y Hierro en la de los Metales.

En todo caso aquella Arqueología, que en Europa no varió en lo esencial hasta mediados de este siglo, se limitaba al estudio de las herramientas antiguas, tenía un carácter eminentemente descriptivo, y vivía por completo ajena a la Antropología, tal vez por la desconfianza que produjo la propuesta de Sollas, formulada en 1911, de reconstruir linealmente las formas de vida de los pueblos prehistóricos, desaparecidos, a partir de las de los primitivos actuales que mostraban un nivel tecnológico o artefactual no muy distinto del de aquellas épocas. Las ecuaciones propuestas —tasmanianos = Paleolítico Inferior; australianos = Paleolítico Medio; bosquimanos = primeros hombres del Paleolítico Superior; esquimales = finiglaciares magdalenienses— constituían un entreguismo total e injustificado de la Arqueología en manos de la Etnología e incluso de la Etnografía. ¿Qué razón de ser podía tener el estudio de los restos prehistóricos cuando el comportamiento e incluso la ideología de las comunidades de entonces se extrapolaban sencillamente, sin condición de ningún tipo, de los de determinados pueblos del presente?

Ejemplos como el citado contribuyeron a que, al menos en el Viejo Mundo, la Arqueología viviera prácticamente de espaldas a la Antropología y, como consecuencia, a que experimentara un excepcional desarrollo tipologista en detrimento de visiones culturales de carácter más general. Únicamente algunas mentes lúcidas, como la del australiano Gordon Childe, alcanzaron a ver más allá de la maraña de los artefactos y de los tipos, tratando de trascender a las estructuras sociales, al comercio o a las estrategias de subsistencia y, a partir de ello, intentando establecer ciertas simetrías entre las Edades de la Prehistoria y la clasificación de las Sociedades de L. Morgan y E. Tylor en Salvajes, Bárbaras y Civilizadas. El optimismo de Childe a este respecto queda debidamente reflejado en las brillantes páginas de *Social evolution*, en las que, bien es cierto que sin especificar suficientemente el camino a seguir, mostraba no obstante su fe en la Arqueología para ofrecer un

panorama del pasado más allá de la simple dimensión de las industrias.

La renovación científica experimentada al término de la segunda Guerra Mundial alcanzó también a nuestra disciplina, produciéndose por entonces acusadas reacciones contra el descriptivismo y el artefactualismo previos. Hubo quienes creyeron suficiente dotar a la Arqueología de una imagen más científica, en la que tuvieran mayor resonancia las aplicaciones físico-químicas (los métodos de datación absoluta; los sistemas de autentificación de fósiles...) y aquellas otras inspiradas en las Ciencias Naturales (los análisis de sedimentología, edafología, palinología, paleontología, antropología física...), sin reparar en que con ellos la lectura cultural podía seguir siendo igual de plana: nada sobre las formas de vida, sobre comportamiento o sobre sociedad. Los documentos, merced a esta preocupación científica, habían ganado en calidad, pero el problema, en realidad, no estribaba en la precisión de los datos, con ser esta importante, sino en su interpretación, de ahí que paralelamente se buscaran nuevas perspectivas para una más adecuada valoración de los mismos. Como acierta a apostillar, pleno de expresividad, Martín de Guzmán, "había que cambiar de orientación e iniciar una reflexión sobre los trabajos y el método (...) más allá de atiborrar los almacenes de los museos y laboratorios de toneladas de residuos sólidos prestigiados con las dataciones de carbono 14 y los excelentes dibujos de todas y cada una de las piezas, impecablemente clasificadas, sigladas y adoradas".

En ese sentido no puede negarse el éxito cosechado, allá por los años 50, por el enfoque del ambientalismo cultural o de la "perspectiva ecológica de la cultura" que, en línea con el pensamiento de L. White, concebía la cultura como un nexo entre el hombre y el medio o, lo que es igual, como una forma extrasomática de adaptación. Se trataba, en suma, de reconocer la interacción de los procesos culturales y del medio ambiente y, de ahí, la conveniencia de precisar las características de éste en tanto límite de la actividad humana. La escuela de Cambridge, con Higgs y Vita Finzi al frente, desempeñó sin duda un papel clave en la difusión de este tipo de trabajos, pero su principal impulsor fue R. Braidwood quien a partir de 1948, desde el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, sorprendería al mundo incluyendo en una expedición al Kurdistán iraquí, cuyo objetivo era el estudio del fenómeno neolitizador, a un botánico, H. Helbaek, y a un zoólogo, Ch. Reed, que acabarían jugando un papel determinante a la hora de dictaminar sobre el origen de la economía productiva. Eran, sencillamente, los únicos científicos del equipo dotados para discernir entre semillas silvestres y cultivadas, entre animales salvajes y domésticos, esto es, los únicos capacitados para sentenciar sobre la condición cazadora-recolectora o agropastoril de las comunidades prehistóricas objeto de estudio.

Gracias a estas experiencias, como significaba Hawkes, la Arqueología acreditaba su suficiencia para inves-

tigar las parcelas tecnológica y económica de las poblaciones desaparecidas. Inclusive, a través de la noción de "territorio económico" y del estudio de su potencial, se abría un campo propicio para distinguir, dentro de un determinado establecimiento, entre lo local y lo exótico, facilitando en ocasiones la percepción de fenómenos de intercambio y comercio. Ahora bien ¿y otros aspectos menos directamente tangibles, como la estructura social, las relaciones de parentesco, el pensamiento o las propias formas de vida más allá de la esfera estrictamente económica? ¿Había que renunciar a esas parcelas de conocimiento? ¿Cuáles eran realmente los límites y las posibilidades de la investigación arqueológica?

2. "ARQUEOLOGIA COMO ANTROPOLOGIA"

Importantes cuestiones todas ellas que desde hacía años ya se planteaban los arqueólogos del otro lado del Atlántico, mucho más sensibilizados que sus colegas europeos por las carencias epistemológicas de la disciplina y, sobre todo, mucho más insatisfechos por la falta de sistemática de la Arqueología tradicional. Resultaba imprescindible aquilatar si la Arqueología era un período de la Historia, una ciencia auxiliar de ésta o bien otra rama del saber diferente, y pronto se sentarían las bases para hacerlo. En 1948, en efecto, W. W. Taylor proclamaba que los objetivos de la Arqueología coincidían plenamente con los de la Antropología, concretándose en el ámbito de la conducta humana y de la Cultura. Ahora bien, ésta era susceptible de descomponer en tres niveles, la *motivación* (pensamiento), el *comportamiento* (la acción) y los *resultados* (efectos), que si bien resultaban perfectamente asequibles a una observación de presente, como la del etnógrafo o antropólogo de campo, no lo eran del todo a la del arqueólogo, condenado a trabajar con sólo documentos materiales y, aún de estos, con únicamente aquellos que sobrevivían al paso del tiempo. Las observaciones de Taylor, por cierto muy similares a las efectuadas años después por Léroi-Gourhan en relación con sus "chaines opératoires" (cadenas operativas), no pasaban por alto ni la inmaterialidad de la *motivación* ¿cómo encontrarla el arqueólogo?-, ni la imposibilidad de conocer, pese a su materialidad, el *comportamiento* de una acción pretérita, desvuelta mucho tiempo atrás. El investigador norteamericano no dejaba de reconocer, por tanto, ciertas disimetrías, de proyección fundamentalmente metodológica, entre Antropología y Arqueología, pese a lo cual la coincidencia de sus objetivos hacía de ellas una misma cosa. También la Arqueología, como la Antropología según una definición con más de un siglo de historia de Edward Tylor, era "una ciencia del hombre, de su aspecto físico y de su cultura, entendida ésta como sus creencias, su arte, su moral, su derecho, sus costumbres y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad". Todo ello explica suficientemente el frecuente recurso a eslóganes como "la Arqueología es la Antropología Cultural del pasado" o, más drástico aún, "la Arqueolo-

gía o es Antropología o no es nada", que no son sino testimonios de una convicción que en Norteamérica ha subdividido la ciencia antropológica en tres ramas, plenas de personalidad pero complementarias, como son la Antropología Cultural, la Antropología Biológica y la Arqueología.

A pesar de todo, aunque los fines fueran en gran medida los mismos, las diferencias en cuanto a la dificultad de acceder a la información resultaban manifiestas. ¿Cómo alcanzaría el arqueólogo aquellas imágenes del pasado que desbordaban el ámbito de lo tecnológico y lo económico? Correspondería a Lewis Binford, profesor de Antropología en la Universidad de Nuevo México, ir diseñando respuestas siempre desde una inamovible premisa: "los documentos arqueológicos son estáticos y, como cualquier hecho físico, no hablan por sí mismos, sino que deben ser interpretados para intentar acceder a la dinámica que los generó". El descubrimiento arqueológico no es elocuente por sí mismo; somos los arqueólogos quienes hacemos lectura de él, o, lo que es lo mismo, en palabras de A. Gallay, "la interpretación de los vestigios arqueológicos implica un contexto de referencia exterior". Por otra parte, Binford, el profeta de ésta que pasará a llamarse desde los años 60 "New Archaeology", llevará su audacia a matizar que el procedimiento de interpretar sólo puede fundamentarse en observaciones de presente... o de pasado con la condición de que los documentos que sirvan de base para ello (textos escritos) resulten lo suficientemente explícitos.

Este planteamiento nos conmina a recurrir al conocimiento de los pueblos vivos y de su cultura material para comprender el registro arqueológico, bien es cierto que subrayando que ahora no se trata de extrapolar imágenes del presente para aplicárselas aséptica y linealmente a los pueblos del pasado —la vieja aspiración, nada convincente, de Sollas—, sino de utilizar éstas como laboratorio, como referente de hipótesis de trabajo —cuanta más información se cruce en este sentido, mejor— que el arqueólogo tratará de contrastar o estudiará en su viabilidad al enfrentarse a la problemática de los yacimientos. Un trabajo, necio sería negarlo, que se ha visto muy favorecido por la aportación de antropólogos como E. Service o M. Fried definiendo los rasgos propios de sociedades en diferente grado de evolución, por cuanto ello reduce el marco comparativo de los documentos arqueológicos a aquellas comunidades de su mismo o parecido nivel de desarrollo.

Esta es la causa de la proliferación de los trabajos etnoarqueológicos, a la búsqueda de regularidades en el comportamiento de poblaciones de hoy, con la esperanza de que sirvan de referencia para la explicación de los restos del pasado. Los arqueólogos estamos convencidos de que nuestras interpretaciones han de basarse en la observación de comunidades vivas o, al menos, históricas, y que debemos aprender en ellas a leer los documentos pretéritos. Encontraremos ahí la justificación de pintorescos "aprendizajes", tales como la excavación

experimental de basureros modernos por parte de ciertos arqueólogos norteamericanos... como medio para conocer el grado de eficacia de su trabajo para la reconstrucción cultural en yacimientos antiguos de índole similar, o de ciertos poblados indios de ocupación suficientemente moderna como para que una superviviente de la comunidad que allí habitó, el caso de la ya célebre Millie, pueda "corregir" directamente y sin la menor vacilación los errores en que los excavadores incurran a la hora de efectuar una lectura funcional de los distintos espacios del establecimiento.



El trabajo experimental consistirá las más de las veces, sin embargo, en una convivencia directa del arqueólogo-antropólogo con una comunidad de primitivos actuales, al estilo de la efectuada por Gallay entre los touareg del Hoggar, por Yellen entre los bosquimanos del Kalahari o por el propio Binford —autotitulado etnógrafo y no por ello menos "colega" de los prehistoriadores del Viejo Mundo— con una partida de esquimales nunamiut, en Alaska. Las dos últimas, que se refieren a comunidades de tipo banda con una economía cazadora-recolectora, grosso modo equiparables a las del Paleolítico Superior, hacen patente la complejidad estructural de los establecimientos, la variación de los mismos según su intención funcional, y enseñan decisivamente, a partir de la distribución espacial de artefactos, de restos de fauna y de otros indicios, sobre el comportamiento de las poblaciones que vivieron en ellos. Es evidente que si hoy los arqueólogos nos atrevemos a atribuir a las bandas paleolíticas un territorio económico estricto (el existente en torno al hábitat, en un radio, tal vez, de media docena de kilómetros) y otro anual (aquellos mi-

les de kilómetros cuadrados hollados por una banda en movimiento durante el año, a la búsqueda de recursos estacionalmente complementarios) ello sólo ha resultado posible tras advertir que ese es el comportamiento habitual de cualquier grupo de cazadores-recolectores, siendo bien cierto, como ha conseguido demostrar Davidson tomando como base la ocupación temporal de ciertos yacimientos valencianos (Barranc Blanc, Mallietes, Meravelles, Porcs, Volcán del Faro o, en menor medida, Parpalló), que el modelo se adecuaba bastante satisfactoriamente a la información disponible sobre el Paleolítico Superior.

La nueva óptica de trabajo hará posible, por otra parte, indagar en campos antes tabúes para la Arqueología, como el de la estructura social. "La Antropología, dirá Renfrew, nos está enseñando a leer en el terreno de la sociedad", sirviéndose para ello de convencionalismos tales como la inversión de energía en el rito funerario (en la estructura de las propias tumbas, así como en sus ajuares, estudiados en el marco teórico de una "Arqueología de la Muerte"), o el uso y la disponibilidad del espacio dentro de los poblados: dos convencionalismos que, con las inevitables excepciones, parecen haber sido una constante a lo largo del desarrollo cultural, conservando plena vigencia hasta nuestros días.

En definitiva, la concepción de la *Arqueología como Antropología*, que no es sino el título de un primer artículo de Binford (1962) enunciando los principios de la *New Archaeology*, trata de evitar que los prehistoriadores, como ocurría invariablemente antaño, basen sus interpretaciones en ideas románticas, demasiado superficiales cuando no frívolas, de las sociedades primitivas y, a cambio de ello, se esfuercen por relacionar sus datos con testimonios reales de sociedades cazadoras o agrícolas, lo que, indudablemente, redundará en una visión más compleja y mucho más rica —más verosímil, en fin— de los documentos disponibles.

3. LA ANTROPOLOGIA COMO FRENO DE ALGUNAS INTERPRETACIONES ARQUEOLOGICAS SIMPLISTAS

La Nueva Arqueología, además de introducir nuevas perspectivas para el análisis y la lectura de los testimonios arqueológicos, representó también una fuerte crítica de algunos conceptos básicos hondamente arraigados en la Arqueología tradicional, por cuanto carecían del suficiente fundamento antropológico. En ese contexto, es evidente que, sobre todo en Arqueología Prehistórica, ha existido cierto abuso en el empleo del término "cultura" —la de Los Millares, la Solutrense, la de los Urnenfelder, la megalítica o todas las que se quiera más— cuando la base documental para una consideración de ese tipo, a falta de datos lingüísticos, de información sobre las características "raciales" de las poblaciones implicadas, etc., se reducía a la dispersión de unos cuantos objetos de equipamiento, grosso modo coincidentes, por un espacio dado. Esta propensión a

equiparar "cultura" y "equipamiento", las más de las veces industrial, así como a *conceder un significado étnico* a los materiales arqueológicos, ha sido una práctica frecuente en los estudios prehistóricos, y ahí quedan como muestra las lecturas clásicas de los mapas del Vaso Campaniforme (el exponente de un pueblo, de origen discutido, que acababa adueñándose del continente europeo) o, más cerca, la interpretación que hiciera Cuadrado de las fibulas anulares como distintivo auténtico emblema, pleno de etnicidad— de ciertas comunidades prerromanas de la Península Ibérica.

La etnoarqueología también ha servido para poner freno a estas reducciones, en exceso simplistas, al demostrar que no todos los elementos materiales sirven como marcadores étnicos. Los trabajos de I. Hodder sobre las comunidades ganaderas que actualmente viven en las inmediaciones del lago Baringo, en Kenia, hablan, como ejemplo, de tres grupos étnicos diferentes, Los Njemp, los Tugen y los Pokot, entre los que existen —pese a los matrimonios cruzados entre ellos— grandes rivalidades económicas. Todo ello se traduce asiduamente en un deseo de afirmación externa de la identidad propia que, en el caso de ciertos adornos corporales como los pendientes femeninos, conduce al uso de tipos específicos en cada grupo. Ahí la cultura material opera, en efecto, como referente de etnicidad: pero la prueba de que no siempre ni sólo ocurre así la encontramos en el hecho de que los zarcillos de las mujeres Njemp, lejos de mostrarse invariables, cambian también según los grupos de edad. Algunos elementos de equipamiento ostentan, pues, el valor de auténticos marcadores étnicos, pero otros no, habiendo constancia de objetos de adorno y de símbolos muy diferentes dentro de un mismo grupo étnico y, al contrario, pudiendo haber otros idénticos entre grupos étnicos muy diferentes, como consecuencia, por ejemplo, de fenómenos emulativos. ¿No se limitó el ceramista prerromano de Numancia a tomar del repertorio púnico la iconografía del sol, el caballo y la palmera, sin siquiera conocer probablemente su simbología? En definitiva, no hay una pauta única de relación entre equipamiento material y etnicidad, por lo que en cada caso, en cada contexto concreto habremos de preguntarnos por los factores que influyeron en el uso o no de la cultura material para cursar unos mensajes simbólicos, así como por el auténtico significado de los mismos: ¿étnico, totémico, de edad, social, religioso, profesional?

El desarrollo de la *New Archaeology*, finalmente, trajo consigo también una revolución en el concepto de "cambio cultural". Frente a los antropólogos, acostumbrados al estudio de culturas recientes y, en cierto modo, de pueblos al margen de la Historia, cuyos rasgos se supone no dependen tanto de su pasado como de su funcionamiento presente, los prehistoriadores se plantean hacer frente a la investigación de larguísima períodos y prestan especial atención no al cómo son las cosas per se en un determinado momento, sino a lo que tienen de distinto y de innovador respecto a las del pa-

sado. Se muestran interesados, pues, por la trayectoria y por el desarrollo de las formas de cultura, lo que desvela una coincidencia de intereses con la Historia. La cuestión no consiste, sencillamente, en proclamar que las "culturas arqueológicas" (= complejos industriales) del Paleolítico Superior en el occidente de Europa fueron Aurignaciense, Gravetiense, Solutrense y Magdalenense, sino en explicar por qué, después de mantenerse vigente varios miles de años un mismo equipamiento artefactual, acabó imponiéndose otro de características suficientemente distintas como para requerir otro nombre. ¿Qué circunstancias podían provocar tan drásticas sustituciones? He ahí el nudo gordiano del "cambio cultural" en Arqueología Prehistórica.

En los planteamientos tradicionales, de acuerdo con la convicción de que los materiales arqueológicos tenían un significado étnico, la desaparición de unos y la aparición de otros tenían un significado inequívoco de ruptura, de crisis de etnicidad y de suplantación poblacional. Los últimos solutrenses habrían sido responsables de una gran "escalada armamentística", por utilizar las expresivas palabras de Peyrony, con objeto de frenar la "invasión" magdalenense perpetrada desde el este de Europa. El cambio cultural, pues, se operaba necesariamente desde fuera, se producía por estímulos externos, bien invasoristas al fin y al cabo la Historia mostraba algunos casos evidentes de situaciones de este tipo, como la conquista del Mediterráneo por parte de Roma durante la República, o la expansión del Islam en los inicios de la Edad Media—, bien aculturadores, conviniendo estos un tanto a la Europa "bárbara" del Neolítico y la Edad del Bronce en un momento en que tan en boga se encontraban las teorías del "ex oriente lux": los dólmenes de las costas atlánticas resultaban incomprensibles sin la arquitectura monumental de las pirámides, y la primera "cultura" metalúrgica peninsular, de Los Millares-Vila Nova de São Pedro, sólo alcanzaba a explicarse en el marco de un fenómeno de colonización por parte de mercaderes cicládicos que habían navegado hasta las orillas del oeste del Mediterráneo.

Los arqueólogos procesualistas, sin negar la viabilidad ocasional de tales explicaciones obligada, desde el momento en que están acreditadas en situaciones históricas concretas—, advierten también de otras posibles causas del cambio cultural y, sobre todo, de que éste pueda surtir efecto sin suplantación étnica, como resultado de procesos evolutivos fundamentalmente internos. Un libro ya clásico editado por C. Renfrew, *The explanation of culture change*, constituye un magnífico muestrario de "cambios en la continuidad", una casuística casi inagotable en la que las causas pueden ser desde puramente naturales —una catástrofe sísmica, como la que produjo la erupción del Santorín a mitad del segundo milenio a. C. en el Egeo, cercenando el desarrollo de la civilización minoica de Los Palacios; o un simple cambio climático como el que aconsejó, también en el segundo milenio pero ahora en el noroeste de Europa, un mayor desarrollo de las formas de vida pastoriles

en detrimento de las agrícolas previas—, a propiamente culturales, estimuladas por innovaciones económicas, sociales y hasta simplemente alimenticias.

Hoy en día que las relaciones exteriores han recuperado parte de su crédito en la explicación del desarrollo de las sociedades del pasado merced a la concepción de los "sistemas mundiales" de Wallerstein, es difícil sin embargo sustraerse por completo a la tentación continuista y volver la espalda a algunos ejemplos verdaderamente reveladores. La aparición del arado entre los grupos tardoneolíticos del este de Europa además de ser el detonante de una revolución económica, sirvió también para poner fin a una etapa matriarcal —el esplendor de las primitivas culturas campesinas de la "Old Europe", en las que el rol de la mujer tuvo tanto relieve— en beneficio de otra caracterizada por la exaltación de los valores masculinos. La misma explicación de la continuidad étnica podría aducirse en el proceso de sedentarización del hábitat y el consiguiente cambio en el patrón de asentamiento (aparición del "castro") que se observa en los grupos del occidente de la Península en el Bronce Final, pues muy probablemente obedeció, antes que a una inyección demográfica externa, a un fenómeno de intensificación económica y, más en concreto, a la generalización del cultivo en hojas, alternando cereal y leguminosas que, además de desplazar a la tradicional agricultura itinerante de rozas, produjo un fácilmente perceptible crecimiento poblacional. Y todo hace suponer, en idéntica línea, que la espectacular renovación de la vajilla de los grupos calcolíticos de Baden, en Hungría, respecto a la de sus predecesores no fue consecuencia, como apuntaba originalmente Kulicz, de una penetración en el Danubio medio de poblaciones oriundas de Anatolia y, más en general, del Egeo, sino simple resultado de la buena acogida que ciertos hábitos alimenticios innovadores —el consumo de leche bajo múltiples formas, muy probablemente— obtuvieron en la segunda mitad del tercer milenio en todo el sureste continental.

Ciertamente existieron en el pasado invasiones y migraciones que pueden justificar el fin de una "cultura arqueológica" y la implantación de otra distinta; también la extensión de ciertas regularidades culturales —por ejemplo el éxito casi planetario del alfabeto latino— pueden considerarse resultado de procesos de difusión bien conocidos, con frecuencia fomentados por el desarrollo del comercio. La Arqueología Procesual, nada al margen de estas evidencias, sencillamente se plantea huir del difusionismo más reduccionista, llamando la atención sobre la posibilidad de que el cambio cultural, además de por un agente externo, pueda venir impuesto por factores espontáneos de las mismas comunidades afectadas, bajo la forma de reajustes en los diferentes procesos interactivos que, siempre buscando un equilibrio, inciden en la conformación de las sociedades, de cualquier momento y ámbito.

En fin, este fugaz recorrido por la historia de la Arqueología no ha tenido más pretensión que destacar la

existencia de un indudable denominador común entre dicha disciplina —sobre todo la Arqueología Prehistórica— y la Antropología, insistiendo en la inevitabilidad del encuentro entre ambas, tanto si prevalece en el estudio de la cultura el criterio historicista de Franz Boas, en el sentido de que sólo el pasado de un fenómeno cultural hace a este inteligible, como si, siguiendo el razonamiento de Binford, consideramos que no hay más laboratorio para interpretar culturalmente la materialidad de los documentos arqueológicos que la conducta de los pueblos vivientes. La lectura de los desvaídos fotogramas del pasado que nos lega la actividad arqueológica sólo será posible desde las enseñanzas de la Antropología. La proyección diacrónica de las interpretaciones de aquellos nos proporcionará la no menos necesaria perspectiva histórica. Mas, en rigor, ni los antropólogos estudian la cultura de los pueblos sin Historia, ni existe Historia posible que pueda permitirse el lujo de sobrevivir al margen de las ricas y complejas visiones de la Antropología.

BIBLIOGRAFIA

La existente sobre el tema tratado es enormemente extensa. Nos hacemos eco tan sólo de las obras que consideramos más significativas, que son también aquellas de las que nuestro texto se siente más directamente deudor.

- ALCINA FRANCH, J.: *Arqueología antropológica*. Akal, Madrid, 1989.
- BINFORD, L.: "Archaeology as Anthropology", *American Antiquity*, 28, 1962, pp. 217-225.
- BINFORD, L.: *En busca del pasado*. Editorial Crítica, Barcelona, 1988.
- CHAPMAN, R., KINNES, I. y RANDBORGH, K. (eds): *The Archaeology of Death*. Cambridge University Press, Cambridge, 1981.
- CHILDE, V. G.: *Social evolution*. Schuman, New York, 1951.
- DANIEL, G.: *Historia de la Arqueología: de los Anticuarios a Gordon Childe*. Alianza Editorial. Libro de bolsillo. Madrid, 1974.
- DAVIDSON, I.: *La economía del final del Paleolítico en la España oriental*, serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigaciones Prehistóricas de la Diputación de Valencia, n.º 85, Valencia, 1989.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M.: "Entre la Antropología y la Historia", *Revista de Occidente*, n.º 81, 1988, pp. 5-14.
- GALLAY, A.: "Vivre autour d'un feu. Recherche d'une problématique d'analyse archéologique, en Actes du Colloque de Nemours", 1987, *Mémoires du Musée de Préhistoire d'Île de France*, 2, pp. 101-111.
- HARRIS, M.: *Introducción a la antropología general*. Alianza Universidad, n.º 37, Madrid, 1981.
- HODDER, I.: *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica. Barcelona, 1988.
- LEROI-GOURHAN, A.: *El gesto y la palabra*. Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1971.
- MAIR, L.: *Introducción a la antropología social*. Alianza Universidad, n.º 67, Madrid, 1973.
- MARTIN DE GUZMAN, C.: "Arqueólogos y paradigma", *Revista de Occidente*, n.º 81, 1988, pp. 27-46.
- RENFREW, C. (ed.): *The explanation of culture change. Models in Prehistory*. Duckworth, London, 1973.
- RENFREW, C. y BAHN, P.: *Arqueología. Teoría, métodos y práctica*. Akal Ediciones, Madrid, 1993.
- RUBIO HERNANDEZ, R.: "Arqueología y Antropología", *Revista de Occidente*, n.º 81, 1988, pp. 15-26.
- SERVICE, E. R.: *Los orígenes del Estado y de la Civilización. El proceso de la evolución cultural*. Alianza Universidad, Madrid, 1984.
- TAYLOR, W. W.: *A study of archaeology*. Memorials of the American Anthropological Association, n.º 69, Menasha, 1948.
- WALLERSTEIN, I.: *The modern world system*. Academic Press, New York, 1980.
- YELLEN, J. E.: *Archaeological approaches to the present*. Academic Press, New York, 1977.



AFINACION, TEMPERAMENTO Y BATIMENTOS

Silvano Coello Alonso

Tres conceptos fundamentales a la hora de tratar temas sobre la relación de alturas sonoras de las diferentes notas de los instrumentos musicales.

En los instrumentos de cuerda, la altura sonora depende fundamentalmente de la tensión de las cuerdas, aunque también tiene influencia el grosor de cada cuerda y su longitud. Igualmente en los instrumentos de viento, la longitud del tubo donde el aire entra en vibración y la posición exacta de los agujeros dispuestos en el mismo tubo determinan una altura sonora preestablecida, dependiendo también de la forma de impulsar el aire, el diámetro del tubo, la temperatura interior, etc.

Cuando una sucesión de sonidos tiene cierta consonancia, lo denominamos *afinación*. En gran cantidad de instrumentos musicales, el concepto de "afinación" no es correcto aplicarlo, ya que en la práctica, los sonidos de cada nota se pueden ordenar de muchas formas dependiendo del número de veces que vibran por cada segundo, a esto se le llama "frecuencia" que se mide en "Hercios" (Hz). Se conocen por "escalas", las diferentes sucesiones de sonidos ordenados según su frecuencia.

Se pueden ordenar los sonidos de forma "afinada" sólo en los instrumentos en que la altura sonora se produce de forma voluntaria, como la Voz humana, o los de cuerda frotada como el Violín, ya que los intérpretes pueden ajustar en cada momento la altura sonora de cada nota con arreglo a una sucesión de sonidos que se encuentran entre ellos, afinados coincidiendo con las leyes físicas.

Los problemas los encontramos en los instrumentos en los que la *octava* se encuentra dividida en doce sonidos con una frecuencia estandarizada, en la que no existe posibilidad de variar en el momento de ser utilizados, por ejemplo, piano, vibráfono, órgano, etc.

Los occidentales hemos dividido la octava del teclado en 12 partes llamadas "semitonos", pero por qué precisamente en 12 partes, podían ser 15, 19, 26. Nuestros oídos se han acostumbrado a lo largo de las sucesivas generaciones a estos doce sonidos de la escala musical, pero hacer la división en estos doce semitonos iguales, es la fórmula menos mala que se ha encontrado para conseguir producir música utilizando unos soni-

dos que producen cierta consonancia entre sí, pero no coinciden exactamente con las Leyes de la Naturaleza.

Pitágoras, 300 años A. de C. ya descubrió las relaciones sonoras entre la altura de los sonidos con su invento llamado "monocordio", consistente en una cuerda que vibra a mayor o menor frecuencia dependiendo de la tensión, o también haciendo variar la longitud sonora de la cuerda. Descubrió que pulsando una cuerda sometida a tensión, daba una altura sonora que tenía cierta relación con otros sonidos que surgían dividiendo la zona vibratoria en 2 partes, 3 partes, y también existían relaciones sonoras duplicando o triplicando la tensión. Estos sonidos musicales muchos años después se conocerían como "sonidos armónicos".



Cuanto más se estrecha o ensancha una quinta, más se separa de la "justa", y más rápido es el batimento. Las quintas reducidas artificialmente, y temperadas por el sistema de "temperamento igual", si las escuchamos con atención podemos sentir fácilmente el inevitable "Batimento".

El batimento de la quinta temperada en la zona central del teclado es muy leve, podemos percibir aproximadamente 4 batimentos cada 5 segundos. Los problemas de estética sonora los encontramos en la "tercera mayor", (intervalo de 4 semitonos, o 1/3 de octava), que en la escala temperada nos produce batimentos muy rápidos al ser demasiado ancha, dependiendo su velocidad de la zona del teclado en la que nos encontremos.

En los intervalos temperados de terceras, sextas, cuartas y quintas se producen los batimentos con motivo de que los sonidos armónicos producidos por las dos notas, tienen frecuencias

cercanas. Si la nota DO central vibra 261,6 Hz. y su quinta temperada SOL=392 Hz., podemos multiplicar la frecuencia del DO por 3, buscando su tercer armónico, y la frecuencia del SOL por 2, que es su segundo armónico:

$$261,6 \times 3 = 784,8$$

$$392,0 \times 2 = 784,0$$

Diferencia: 0,8 batimentos por segundo.

Los instrumentistas de afinación voluntaria tienen la gran ventaja de poder hacer intervalos a veces "afinados" y a veces "temperados", dependiendo de la tonalidad y de las alturas sonoras de otros instrumentos que toquen simultáneamente. Los instrumentos de doce semitonos fijos, son imposibles de "afinar", se pueden temperar para intentar hacer el sonido agradable, pero en realidad debemos tener muy claro que la *afinación* es totalmente incompatible con el *temperamento*.



MOTES Y APODOS EN TIEDRA (VALLADOLID), 1851-1998

Carlos Antonio Porro Fernández

La personalidad y el carácter de los individuos se ha reflejado de manera irónica y puntillosa, muy aguda casi siempre (tanto como faltona) bien en el mundo urbano, bien en el rural (donde más allegado y cercano es todo) mediante el apodo, alias o mote. El uso del mismo ha llegado a ser en algunas poblaciones tan frecuente que llega a desconocerse por completo el nombre o los apellidos reales del apodado (1).

Frecuente ha sido y aún lo es y no sólo en los pueblos el "bautizar" con estos sobrenombres quisquillosos o certeros a las personas. Seguramente con el paso de los años no nos acordaremos del nombre de nuestros maestros y profesores pero sí de su mote, y ¿quién no ha apodado a la vecina gruñona o tacaña del quinto de manera, a veces, sangrante? "Apellidos" certeros si conocemos el carácter de la persona, la falta o demasía que originó el sobrenombre. Y eso sí, explícitos siempre.

Por ello nos sorprende y así lo apreciamos, el ingenio de los que apodaban, pero sobre todo el genio que tuvo que gastar la señora "Hostias" de Villanubla; la religiosidad del "pierdemisas" o de "El Dios", el estilo y el donaire de "caga lindes" frente al de "buena moza", de la pasividad de "matagalbanas", del matiz político de "la roja", de la voz y agudeza del canto de "la tía chicharra", del aguante del dulzainero "el resiste" o de la musicalidad de otro dulzainero, el "tío silencio"; del encanto personal del "revientamosas" o de la gracia de la que nació en Jueves Santo y apodaron "la Monumento".

El mote se hace además indispensable para identificar a las familias o a los vecinos de una población cuando la variedad de apellidos en ella es escasa y en Tiedra han sido frecuentes en muchas familias hasta hace algunos años los apellidos Cacho, Gato, Tavarés, Moretón, Cuadrado o Marbán (2). El uso de estos apodos en épocas pasadas fue tan grande que muchos de los apellidos actuales tienen su origen en aquellos apodos graciosos, otros originados por un defecto o "gracia" física (el color del pelo o de la piel), por la procedencia de la familia (el pueblo, la comarca, la provincia o el país), su oficio o siguiendo el nombre de los progenitores. Recordemos que la terminación de apellidos como Pérez, González o Hernández, indica que se es "hijo de" Pero, Gonzalo o Hernán, de igual manera que hoy en día se habla de Carlos el de Emilio o Yolanda la de la Hipólita que sigue siendo una forma habitual de identificar a las personas por sus progenitores más que por su apellido.

El apodo, además de definir, por lo general, certieramente al poseedor del "título", ha designado a su familia y descendientes y los ha identificado a través del tiempo. Cuando deja de ser efectivo desaparece (por lo

general reemplazado por otro que se acerca más al ser y estar de la persona actual) y esto puede ser ya a partir de la tercera generación cuando los genes originarios que dieron origen al apodo se han diluido (carácter, apariencia física, genio, etc.) ya que es frecuente que en una segunda generación se mantenga el apodo del padre o de la madre haciéndolo variar del masculino al femenino o pasándolo a un diminutivo. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa de este pueblo, "la moretona" sería la esposa o hija de Fulano Moretón, Josefa "la Francisquilla", esposa, viuda, hija del señor Francisco (o hija o hermana pequeña de Francisca), María "Cacha", hija o esposa de Mengano Cacho, la "tía loba" dulcificará su feroz apodo en las nietas o hijas, las "lobitas", etc. (3).



Grupo de jóvenes de Tiedra hacia 1915-1920. Muchos de ellos tienen ya su apodo desde pequeños.

La crudeza en ocasiones de estos sobrenombres, hace que no sea muy frecuente el dejar constancia escrita de los apodos, máxime, cuando muchos de ellos se utilizan a escondidas, ocultando la "gracia" al sujeto o a su familia, que a veces ignora el "título" concedido. Ocasional parece que ha sido, que entre los legajos de un inventario testamental de un comerciante de Tiedra de mediados del siglo pasado, figurasen, junto a los precisos testimonios de todos los géneros de paño, utillaje doméstico, ropa confeccionada o productos de cocina, los listados de los morosos y deudores del comercio según su apodo. El listado, de uso particular del comerciante, al fallecimiento de éste, pasó al escribano quien sin más dio fe del relato de lo que en los papeles se consignaba estableciendo una lista oficial en el inventario de bienes que serviría para realizar las posteriores hijuelas.

Curiosamente entre los cientos de deudores (485 morosos en total, que adeudaban al finado "*veinte y dos mil quinientos y diez reales*"), más de trescientos aparecían citados por su apodo, junto a su nombre o solamente por el mote. Esto nos da perfecta idea del uso y abuso de la utilización de los motes en la villa, ya que el 75% de los deudores se citaban por el nombre seguido del apodo, o solamente por el apodo, mientras que el resto corresponde a deudores con nombre y apellido solamente. Es frecuente asimismo la calificación de Tío o Tía, como tratamiento de respeto generalmente a personas de edad, tanto en el caso de la utilización del apodo (la tía diablilla, la tía tropezones o el tío jigonero, por ejemplo), como del nombre (el tío Rosendo, la tía Angela la colindres o el tío Adrián el gordo), o cuando se cita nombre y apellido (la tía María Manuela Moretón). Pero veamos la transcripción del listado (4):

Folio primero

Cuaderno de deudas de los veinte y dos mil quinientos y diez reales que contaba el inventario y razón de los sujetos que los deben:

Primeramente el santo de Benafarces renta de morcajo el año cuarenta seis reales.

La de Cipriano González seis reales y catorce céntimos.

Folio primero, vuelto

La tía Goya de estopa siete reales y diez y siete céntimos.

Josefa la diablilla veinte y un reales y diez y siete céntimos.

La de Blanquín siete reales.

La Giralda, de tabaco veinte y cinco reales.

Ramona la torrejás veinte y cinco reales.

La de Pedro tajadas doce reales.

Mariquita la mosquera catorce reales y seis maravedises.

La piñonera trece reales.

Juana la sorda once reales y ocho maravedises.

La de Felipe el grillo quince reales.

Rafaela de la rosa de Villavendimio siete reales.

El tío corvo diez y seis reales.

Joaquín el sastre ochenta y cinco reales.

Francisca la de Polito cuarenta y dos reales.

Bartolomé pachorra nueve reales.

Pastor el lienzero cuarenta y cinco reales.

Bartolomé el patricio veinte y seis reales.

Petronila Alvarez de Villavellid tres reales.

El emperaire de Villar cuarenta y siete reales.

Agapita la adriana cuarenta y siete reales.

La hermana del emperaire diez reales.

La de Casimiro fardero cuarenta y cuatro reales.

Angela melgo de Gallegos diez y seis reales.

Isabel la Adriana nueve reales.

Don Alejandro, el Maestro treinta reales.

Agueda la sabina treinta y cinco reales.

Josefa la del francés tres reales.

La hermitaña once reales.

La hija del tío pipo cinco reales.

La de Dionisio el cortador diez y ocho reales.

La tornaguesos cuatro reales.

Vasilia López de Villavellid veinte y cuatro reales.

Josefa la tendera de sancebrián ocho reales.

La del fraile de Pobladura cuatro reales.

Folio segundo

La tía Bernardina once reales.

Plácida rueda de tordessillas sesenta y seis reales.

Pío el pastor cuarenta y ocho reales.

Bárbara la lacia veinte y uno reales.

Ambrosio Alvarez de San Román once reales.

La andrea sobrina de la perucha cuatro reales.

Ysabel la Fernandina seis reales.

Josefa la juanica diez y ocho reales.

Francisca la colorada veinte reales.

La divina pastora treinta y un reales.

Ramona de Castro panadera diez y ocho reales.

Ignacia la del cojo setenta y siete reales.

Mariana García de Villalonso siete reales.

La de Antonio el Adrián nueve reales.

Anica la penacha seis reales.

La de perrinchola once reales.

La del tío Rosendo cincuenta y cinco reales.

La de Fernando de Villamayor dos reales.

La hija soltera del tío Alejo veinte y ocho reales.

La hija de Juan Antonio gatada dos reales.

Bernardo Menéndez que estuvo en Casasola trescientos ochenta y nueve reales.

La de Fernando Alvarez de Pobladura cuarenta y siete reales.

María la Bartolifía once reales.

La rebolla de fanego doce reales.

Alonso de Pobladura diez y nueve reales.

La coja de Villavendimio diez reales.
Petra la de Mausó veinte y uno reales.
La hija mayor de Rosendo cuarenta reales.
Teresa la de Justo cuatro reales.

Folio segundo, v.

La de Luquiñas ocho reales.
La herrera del malumor seis reales.
Dorotea la cardosa de Fuentesauco ochenta y un reales.
La hija mayor de Bartoliñas veinte y uno reales.
Manuela la del Cándido doce reales.
Agueda la cañorra doce reales.
La madre de Magdalena la polinaria ciento diez y seis reales.
Genoveba noventa y nueve reales.
La tía puñalada de la mota cinco reales.
La valdesca María Manuela ciento doce reales.
Gertrudis de Pobladura treinta y seis reales.
La hija de Cándido el rojuelo cuatro reales.
La tía Mateina trece reales.
Serafina la casimira diez y ocho reales.
Anica la pipa su hija Manuela veinte y seis reales.
Candelas la grilla veinte y dos reales.
Alfonsa la mandiles de pobladura veinte y ocho reales.
María la almorrana veinte y ocho reales.
La hija de la tía Nicolasa la Ramona seis reales.
La del martongo de Pobladura tres reales.
La quince diez y nueve reales.
El Pantaleón cincuenta y cuatro reales.
María la de Simón el pulgo cuarenta y cinco reales.
La mujer de pelos cortos ocho reales.
Cipriana diez reales.
La tía Pepa la tintorera cincuenta y seis reales.
Cecilia la de Antoñines veinte y seis reales.
La hija la resoplosa once reales.
La de Bernabé seis reales.
La herrera de Villalbarba cuatro reales.
Mi tía Mariquita cuarenta y nueve reales.

Folio tercero

La de Juan ponte diez y siete reales.
La tía tropezones diez y seis reales.

La Raimundina de Pobladura diecisiete reales.
Tomasa la curica veinte y uno reales.
La tía napa seis reales.
Josefa la de Ciriaco diez y siete reales.
La torrijas soltera dos reales.
La de Gaspar el guarda treinta y seis reales.
La tía Motana zapatera trece reales.
Santiago el albardero noventa reales.
Ignacia la polilla treinta y ocho reales.
Ignacia la mosquera veinte y dos reales.
Don Pedro el ronquillo cuarenta y dos reales.
La Maricruz de Paco el pulgo cuarenta reales.
Josefa la lazarona veinte y ocho reales.
Antonia la del gnañín treinta y cuatro reales.
La hermana de Gaspar el guarda dos reales.
La del sampedrín siete reales.
Juan el pastor siete reales.
La cuculina del remello veinte reales.
La tía diablilla treinta reales.
La tía Agueda la lobona once reales.
Tomás carrasco catorce reales.
La tía redonda catorce reales.
La tía Bartoliñas diez y siete reales.
La Bartoliñas del Raimundo cuarenta y uno reales.
Juana la Castreñina cincuenta y seis reales.
Mariantos la parronda seis reales.

Folio tercero v.

La polilla del caca tres reales.
La de Miguelo seis reales.
Agueda la colmenera treinta reales.
Benita cortadora de Pobladura treinta reales.
La de Felipe el indio nueve reales.
Jacinto el francés treinta y uno reales.
Lorenza la plantada veinte y seis reales.
Josefa la alica veinte y seis reales.
La del Santos perdiz diez reales.
La tía plantada veinte y cuatro reales.
Zoylo Vila de la mota ciento cincuenta y dos reales.
La maricruz la torrijas treinta y dos reales.
La mandiones nueve reales.
La tintorera de la casa santa veinte y seis reales.
Jacinta la trabajiñas veinte y seis reales.

María Antonia de la tía Javiela ocho reales.
La serrana la viuda diez y seis reales.
La tía Ysabel la cuculiña doce reales.
La gordilla pequeña diez y seis reales.
La hija casada de Aniceto de Pobladura sesenta y tres reales.
La hija mayor de Manuel cacho sesenta y tres reales.
Antonio el giraldo ochenta y seis reales.
Manuela de Paco Junquera cinco reales.
La tía Pascualilla treinta y nueve reales.

Folio cuarto

Teresa Temprano su hija, cuarenta y dos reales.
Fernanda la Pacha sesenta y seis reales.
Josefa la curruca veinte y dos reales.
La mujer de Alfonso el muertos dos reales.
El tío rompedas de Uruña diez y seis reales.
La tábana dos reales.
La Mangalleira diez reales.
La tía carrasquina veinte y tres reales.
La tía Lorenzóna siete reales.
La Paulina del pastor veinte y dos reales.
Francisca la conducta veinte y cuatro reales.
Ana María la pacha setenta y tres reales.
La del tío Juan rojo veinte reales.
Antonia La Buena Moza cinco reales.
Alfonsa la tuertina diez y seis reales.
La de Bernabé pequeño diez reales.
La de garullo cincuenta y uno reales.
La del tío jigonero diez y seis reales.
La tela de polaina diez reales.
La malumora del molinero doce reales.
Juana la Celedonia quince reales.
La de majería seis reales.

Folio cuarto, v.

Antonio cuñado del ama del cura de castro dos reales.
Mi tía Javiela tres reales.
Mi tía Morena treinta y siete reales.
Paco de Dionisio el cortador treinta y siete reales.
Mari cruz, la clara de castro treinta y cinco reales.
La carroza veinte y cuatro reales.
Joaquina la Martera nueve reales.

La del tío Adrián el gordo cinco reales.
La tía resoplosa siete reales.
La nuera de la tía brava ocho reales.
El de la Dominguína nueve reales.
Justo el herrero setenta y cinco reales.
La hija de la tía Eufrosia de Benafarces siete reales.
Julián el americano veinte y cuatro reales.
Ignacia la salada diez y siete reales.
Doña Rosa Tavarés setenta reales.
El tintorero de San Pedro cinco reales.
La hija del tío tropezones tres reales.
Francisco García herrero de Casasola diez y siete reales.
Sebastiana la pincharrata veinte y cinco reales.
Magdalena la confitera diez y ocho reales.
La tía perrinchona ochenta y siete reales.
La tía Brava treinta y cinco reales.
Bernarda Juan de Juana quince reales.
Ramona la gata tres reales.
María Manuela la del rojo treinta y dos reales.
El tío Campano seis reales.
La corneta sesenta y dos reales.

Folio quinto

La de Juan Antonio el monje veinte y cuatro reales.
Dionisia la morena setenta y cuatro reales.
La malmira de Bartolomé veinte reales.
La hija de Blas el pelillos nueve reales.
El tío Perinchola cincuenta y cuatro reales.
La pequeña de carrasquin treinta reales.
Antonia la capellana ocho reales.
La leguas de pachorra doce reales.
Isabel la caracas treinta y uno reales.
Antonia la de Boterín treinta reales.
El rebollo cuarenta y uno reales.
Manuela la pacha ocho reales.
Ignacia la panadera de castro cuarenta y dos reales.
La tía Dominguíssima dos reales.
Francisco hijo de la tía roja de Villavellid diez y siete reales.
El faccioso tres reales.
La hija de Francisco el Elías diez y nueve reales.
La perrucha del sipodas treinta y cuatro reales.
Josefa la carruca treinta y ocho reales.
Josefa la tendera de Pobladura noventa y uno reales.

Folio quinto, v

La del tío Morato de Villalonso diez y siete reales.
Benita la zapatera de Pobladura treinta y siete reales.
Rosa la Bonita trece reales.
La hija de la tía Perinchola además de los cuarenta de su madre diez y siete reales.
La plantada de Venancio treinta y tres reales.
Mi tía Angela la colindres treinta y uno reales.
Tadea la pirlea treinta y ocho reales.
Ramona la coja diez y siete reales.
Josefa la francisquilla siete reales.
Isabel la del canene cinco reales.
María la tallista veinte y siete reales.
Antonia la del boterín veinte reales.
La tía fanga dos reales.
La hija del tío Josata de Belber cuatro reales.
La tía Francisca la mazorca ciento veinte y cinco reales.
Agustina la castrera de Pobladura catorce reales.
La hija de Bernardo el pelillos ciento ochenta y ocho reales.

Folio sexto

La hija de la tía carraca del tropezones cincuenta y cuatro reales.
La parronda del cascaciruelas cuatro reales.
La malumora del molinero siete reales.
La tía polilla veinte y siete reales.
El chico de Alejandro el carretero dos reales.
Agustina la del claro de castro veinte y siete reales.
La tía castreña treinta y nueve reales.
La tía muerte once reales.
Antonia la alica veinte reales.
Francisca la del Blas el pulgo diez y nueve reales.
La de majerfa siete reales.
La madre del cura cerrajero seis reales.
La Antonia del Cacho uno.
La tía brava cuarenta y cuatro reales.
La del Tomás el sordo trece reales.
Catalina la Elías setenta y dos reales.
La de Manuel el confitero seis reales.
Vitoria la del muerte diez y ocho reales.

Folio sexto, v

La chaleca tres reales.

La herrera que está en casa de Luis treinta y dos reales.

La hija de Isabel la Donata cinco reales.
La tía Tomasa la caruca cinco reales.
Juliana la de Josefa la Adona ocho reales.
La tía anica la pillera treinta y seis reales.
El ama de la niña de Josefa diez reales.
La rengalleira cuatro reales.
Justo el herrero veinte reales.
Jerónimo el pericón dos reales.
La carejera de Uruña once reales.
Mi tía morena dos reales.
La hija de Hermenegildo cascaciruelas tres reales.
El sobrino de la toresana siete reales.
La cacha soltera cuatro reales.
María nieta de la ormiguera de Uruña dos reales.
La rubia sacristana de Castro diez reales.
Mariano Palomino de Aspariegos sesenta reales.

Folio séptimo

La hija del tío Donato dos reales.
Aquilino mozo de Cesáreo uno.
La del tío Agustín el herrador ciento ochenta y tres reales.
La de mi tío primo seis reales.
La tía Uruña siete reales.
La del pasante catorce reales.
Barbara la pulga veinte y tres reales.
La tía revolla diez y ocho reales.

Folio séptimo, v

La tía empecinada siete reales.
Marcelina Rico tendera de Castro ciento tres reales.
Nicolás el redondo diez y siete reales.
Martina la del bolo diez reales.
La tía serrana uno.
El ama de Don Pedro el ronquillo seis reales.
La tía Polonia la herrera diez y siete reales.
La tía Bernarda, hermana de la tía cacusa de Pobladura veinte y seis reales.
Marta la del moro doce reales.
La Dorada viuda cuatro reales.
Manuela la del chocolate doce reales.
La tía Francisca la mazorca cuatro reales.
Gabriel Barbero guarda del monte de Almaraz cinco reales.

Folio octavo

Don Antonio el voticario cinco reales.

La de Mariano el enero seis reales.

La tía Aragonesa de Pobladura cuarenta y uno reales.

José Alvarez estanquero de Benafarces veinte y uno reales.

La de Don Vicente maestro de Benafarces ciento quince reales.

El Pantaleón tres reales.

Eugenia la rosita tres reales.

La monroya pequeña doce reales.

La tía catalina de Ramonico once reales.

La tía pincharratas nueve reales.

El revollo seis reales.

Manuela la Giñona veinte y ocho reales.

Folio octavo, v.

Joaquín Alvarez de Tordiumos cuatrocientos cuarenta y tres reales.

Miguel García herrero de Tordiumos trescientos ochenta reales.

Ursula Peña seiscientos reales.

Agustín Ramos nuevecientos cuarenta reales.

Angel Carvajosa seiscientos reales.

Juan Antonio el gatada ciento veinte y uno reales.

Francisco Gómez monterico trescientos noventa reales.

La tía Maria Manuel Moretón quince reales.

Antonio García de cabreros sesenta reales.

Martín herrero de Villavrajima trescientos reales.

El tachuclero ciento cincuenta y seis reales.

La enumeración es grande y muy variada pero su origen se agrupa, haciendo un intento de clasificación en los apartados habituales de este género, según las referencias de aspecto físico, de trabajo, los lugares de procedencia, por un suceso o anécdota determinada, etc. (5).

Así, siguiendo el apartado de oficios, actividades desempeñadas y artesanías aparecen los siguientes apodos: tendera, albardero, cortador (el carnicero), estanquera, pasante (escribano), zapatera, ermitaña, tachuclero, carretero, herrador, herrero, sastre, liencero, colmenera, capellana, confitera, almorrana, panadera, pifonera, maestro, pastor, pasante, cura, boticario, estanquero, tintorero, sacristana, molinero, guarda, tabernera, tornaguesos (posiblemente una curandera o componedora) y emperaire (cardador de lana o el que la prepara para su hilado y tejido).

Por el aspecto físico, faltas o defectos: sordo, corvo, lacia, gorda, redonda, gordilla, tuertera, mazorca, valdesca, colorada, rubio o melgo. O por su carácter: salada, buena moza, diablilla, la tía brava, resoplosa, majerfas o la bonita.

Por algún suceso o anécdota: La divina pastora, la tropezones, la Tía Puñalada, la quince, la rompe sedas, la tela de polaina, cascaciruclas, la hormiguera, canene, pincharrata, campano, corneta, la tía muertes o la plantada.

Por los nombres de los progenitores o del marido: Isabel la Adriana, Juana la Celedina, la Cacha (Cacho es un apellido presente en la villa al menos desde el XVII), la Gata o Galada por el apellido Gato (existente en la villa ya en el XVII), Petra la Casimira, Antonio el Adrián, etc.

Por su lugar de origen, por lo general localidades muy cercanas al pueblo: La motana (de Mota del Marqués), la castrera, castraña o castrañina (de Castro-membibre), la toresana (de Toro), el sampedrín (de San Pedro Latarce), la tía Urueña, la serrana o la aragonesa.

Sorprende a primera vista en este listado una serie de apodos de origen claramente gallego. La relación de los lugareños con Galicia estuvo muy marcada mediante los sistemas de comercio y compra-venta de mercancías, o rutas de paso, y ha quedado reflejada en numerosos matrimonios, apodos o localizaciones geográficas del propio término municipal conociéndose entre otros pagos, el "regato gallego" o el "puente de los gallegos". El contacto con Galicia se mantenía también a través de las cuadrillas de segadores que en épocas estivales bajaban a Castilla a recoger la cosecha, aunque el punto de contacto y de interrelación era en este caso como el de cualquier otro pueblo castellano, limitado a la contrata de estos trabajadores.

Puede resultar curiosa esta relación, pero no lo es tanto si conocemos el desarrollo de las actividades económicas de Tiedra a mediados del siglo XIX: la arrie-



Comerciante y arriero de coloniales. Tiedra, hacia 1920 (7).

ría y la traginería (6), sobretodo con diferentes puntos del noroeste. Frecuente fue desde el XVIII la adquisición de piezas de lino y estopa gallega a comerciantes que lo traían de allí o en su paso por el Bierzo. Aparecen, abundantemente en toda la documentación, en listados de tejidos o ropa en las hijuelas de las herencias, las sábanas o camisas de lienzo del Bierzo, de la Coruña o de Galicia sin más. También en los cuadernos de deudas de los finados aparecen habitualmente durante todo el XVIII y parte del XIX referencias sobre lo que "se debe al gallego por la estopa" o por "el lienzo de la ropa". Son frecuentes citas de este tipo: "36 reales que se le están debiendo a Juan el gallego residente de esta villa de ocho libras y media de lienzo" (1802) o "item es deuda 35 reales de vellón que se le deben a Julián Thomás de Yrabedra natural del reino de Galicia de estopa y lienzo que le dio prestada para ropa de la xente" (1772). La relación comercial con esta zona del Noroeste duró hasta principios de siglo, época de desaparición de la arriería y de los almacenes de coloniales, alguno de los cuales subsistió hasta los años veinte y treinta dedicado principalmente al comercio de importación de aceite de la Mancha y Andalucía, de arroz o azúcar que se despachaba a todos los pueblos de alrededor incluyendo algunos desplazamientos a larga distancia, como a Asturias.

Se recuerdan aún los casos de varios matrimonios (celebrados ya a principios de siglo) de comerciantes naturales de la villa con mujeres gallegas que acababan viniendo a vivir a Tiedra tras conocerlas en sus viajes al Noroeste. Aparecen así apodos de raíz gallega, bien traídos de aquellas zonas o colocados por estas gentes en su establecimiento en la localidad. Bartoliña, Bartoliños, Revolla o rebolla, Remello, Antoñines, Castreñina, Trabajiñas, Rengalleira o Mangalleira, Luquiñas o Cuculiña, son, por lo general, apodos derivados de un nombre propio al que se ha añadido la terminación tan gallega como la que se observa. En alguna ocasión el apodo sí se corresponde con un vocablo genuinamente gallego. El apodo que ostentaba la "Tía Rebolla" posiblemente estuviera relacionado con el Rebollo o rebolo, como se denomina al roble en Galicia (y en más zonas), mientras que "Mangalleira" es un vocablo netamente gallego que se aplica a la mujer que es "grandona y desafiñada".

De la antigua lista de hace ciento cincuenta años se han conservado hasta hoy día muchos de estos apodos, otros dejaron de ser efectivos y desaparecieron, seguramente vueltos en otros más afilados y ciertos que los antiguos, heredados de los antepasados. Muchos de estos apodos son solamente conocidos ya por gentes de mediana edad y los más jóvenes apenas los utilizan. Los tiedranos de mediana edad conocen o conocieron a La tía Tajada, la Mosquera, la piñonera, el tío grillo, la tía Perucha, la pastora, la martonga, la polinaria, la tía torrijas, la curicha, la motana, la polilla, el tío cuculiña, la lobona, la diabla, el tío Redondo, la colmenera, el indio, la cortadora, el francés, la mandilones, la giral-

da, el muertes, buena moza, el malhumor, la confitera, la tía corneta, la capellana, la tía Caracas, la bonita, el canene, la tía fanega, la tía carraca, el muertes, la pulga, la chocolatera y al Pantaleón. A toda esta retahíla de apodos y cognomentos habría que añadir muchos más que indican la habitual utilización y el uso en esta localidad, aunque muchos han caído en el olvido y no se conoce el motivo de su origen. Junto a estos apodos "históricos" hay que colocar algunos otros que también se mantienen en la actualidad y se utilizan en buena medida todavía, como: la tía chupalámparas, la lobita, la metepiés, guaje, el calvín, la torrejas, el pierdemisas, el tío torresnero (8), orinales, la chepuda, la tía garban-cera, la mosquera, la moretona, el tío virulo (c) dulzainero), tío cofre (el tamborilero), el tío cacique, la chupapocillos, la fusa, la barquillera, los feos, curicha, cordeles, el tío titos, la Jorja, la mandilones, cataña, guaño, la pocha, farruca, el rojo, el tío chapán, la curquilla, el tío peligro, pelillos, la tía pichona, el tío molleja, la birria, la rodilla, etc.

NOTAS

(1) No es raro que en muchos pueblos castellanos (en el resto del país ocurre igual), como en Cuéllar (Segovia) ponga por caso, en las esquelas mortuorias, debajo del nombre y apellidos del difunto, aparezca siempre el apodo o alias que lo identificó en vida y por el que le conocían sus convivios.

(2) Un caso parecido se dio entre otros lugares en Campaspero (Valladolid), a finales del siglo pasado. Campaspero es una villa en la que los apellidos García y Hernando se repiten en todas las familias, no una sino varias veces. Un sacerdote de la localidad para diferenciar a sus parroquianos acabó por bautizarlos con los nombres más raros que conocía, como Getulia, Minodoro, Agotónica, Estiviaca o Feliciu. Véase: GARCÍA CAMPO, O. J.: "Antroponimia de Campaspero a finales del siglo XIX", *Revista de Folklore*, tomo 3-2, pp. 164-166.

(3) Esta degeneración tipológica es muy frecuente dándose casos muy graciosos. Por ejemplo en el segoviano pueblo de Lasras de Cuéllar el conocido dulzainero "Tío Cerillas" debe el origen de su apodo a su padre "el tío fósforo". Y conocido es el caso de la saga de "cantatores" flamencos Tomás "chaqueta", y sus familiares como "el chaquetón" anteriormente llamado "el chafeco".

(4) Archivo Histórico Provincial de Valladolid, Sección de Protocolos. Sig. Legajo n.º 15558. De todo el amplio listado hemos seleccionado solamente los que figuraban por su apodo excluyendo casi todos los deadores con nombre y apellidos por centrar el tema y eliminando los repetidos.

(5) Para buscar los orígenes, clasificaciones y explicaciones de apodos se pueden consultar las siguientes obras: DIEZ BARRIO, G.: *Motes y apodos*. Colección Nueva Castilla, Valladolid, 1995; LOPEZ RODRIGUEZ, M.: *Los nombres artísticos en el mundo flamenco. El por qué del apodo flamenco y de los cambios de nombre*. Ed. Giralda, Sevilla, 1997; RAMON Y FERNANDEZ OXEA, J.: "Mil y pico apodos orensanos", *RDTP*, III, pp.

345-369, 1971; VAL, J. D.: "Apodos, motes y cognomentos", *Revista de Folklore*, tomo 1-1, n.º 3, pp. 3-13, Valladolid, 1981; GABIOLA, Balduino B.: *Apodos y motes de la ciudad de Laredo, más mil apodos recogidos y estudiados*, Santander, 1992; GUTIERREZ MACIAS, V.: "Coplas, dichos y motes en el Navea York de la Mancha (Vianos)", *Revista de Folklore*, tomo 12-2, n.º 141, pp. 107-108, Valladolid, 1992; VERGARA, Gabriel M.: "Apodos que aplican a los naturales de algunas localidades de la provincia de Guadalajara a los habitantes de los pueblos próximos a ellas", *RDTP*, III, pp. 58-67, 1947; VERGARA, Gabriel M.: "Apodos que aplican a los naturales de algunas localidades de la provincia de Burgos a los habitantes de los pueblos próximos a ellas", *RDTP*, VI, pp. 531-553, 1950; WALLACE, P.: "Ocho apodos en el Alto Aragón", *RDTP*, VIII, pp. 465-469, 1952; ABAD, P. P. y HELGUERA, M. A.: "Apodos de la ciudad de Dueñas", *Revista de Folklore*, tomo 10-2, n.º 117, pp. 87-92, Valladolid; FREIRE GALVEZ, R.: *Los títulos que el pueblo concede. Apodos ecijanos*, Imprenta Serrano, Ecija (Sevilla), 1991.

(6) *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de 1845-1850*, Ed. Facsímil de Ambito, Valladolid, 1984, pp. 116 y 117. Madoz indica que en la villa de Tiedra la Vieja, junto a la agricultura y la cría de ganado mular los vecinos se dedicaban a "la tragnería y el comercio: exportación del sobrante de frutos y muletas; hay varios almacenes de jamones gallegos, bacalao, azúcar, jabón, aceite, pimienta y hierro..."

(7) Las fotografías que ilustran estos comentarios se conservaban en placas de cristal en una casa particular de Tiedra y

se guardan reproducciones de las mismas en el archivo Fotográfico de la Fundación Joaquín Díaz de Uruena.

(8) En este caso el origen del apodo sí se recordaba, y la anécdota que dio lugar al apodo fue la siguiente: "Una señorita de la villa estaba preparando el almuerzo para el criado y le estaba friendo un poco de tocino y algunos torrezanos, pero muy pequeños. En esto llegó la hija y preguntó a su madre que para quién estaba haciendo esos torresnillos tan pequeños, respondiendo la madre: -¡Calla, hija, que son para el criado! a lo que la chica exclamó: -¡Hala que torresnazos está haciendo mi madre...! y así quedó el apodo.

Agradecer desde aquí a Manuela Carmucga, de la "Tía Motepiésa" y a su marido Goyo "Guaje" las valiosas informaciones y el agradable trato con el que han recibido siempre a todos los curiosos que hasta Tiedra nos hemos acercado, bien a charlar con ellos, a disfrutar del precioso conjunto monumental del pueblo o para ver las interesantes fiestas de "águedas" que conservan. Algunas de las informaciones que complementan este trabajo se realizaron durante las visitas del mes de septiembre de 1998.

Dedico estos comentarios a mis amigos, en especial a aquellos que han tenido la "suerte" de ser agraciados con un apodo. Recuerdos a "alegrías", al "pelao", al "chis", al "rizos", a las "pros", al "capi", al "biorta", a "cebollas", los "mellizos" (obviamente la explicación sobre el origen), "la fiera" y la "chula"... y aún dicen que los apodos se pierden.



La cultura irlandesa a través de la casa campesina

M.ª Inés Gómez Delgado

Un paseo por las bellas zonas rurales de Irlanda es suficiente para darnos cuenta que la arquitectura característica del siglo XIX, prácticamente ha desaparecido.

Dos eran los tipos de casa rural en Irlanda en ese siglo:

El segundo tipo, es en el que vivían los campesinos irlandeses: viviendas pobres y pequeñas. El contraste es muy significativo, es una diferencia que trasciende lo meramente arquitectónico para representar dos estilos de vida opuestos.

El objetivo de este artículo es describir e introducir al lector en el mundo de la arquitectura rural irlandesa, que pese a su indescriptible belleza ha desaparecido prácticamente de la geografía irlandesa; y en el de su folklore, pues es imposible hablar de cualquier aspecto del patrimonio irlandés sin remitirnos a sus creencias y riqueza popular, ya que éste alimenta su identidad, la cual se vio fuertemente amenazada durante los siglos en que los británicos dominaron estas tierras.



Foto 1: Vivienda prehistórica, situada en el Connemara Heritage and History Centre. Pre-historic lake dwelling (Crannóg). Lettershea, Clifden, Connemara. Co. Galway, Ireland.

La *Big House* (Gran Casa), cuyos propietarios eran los británicos que se habían hecho dueños de las tierras irlandesas. Estas eran, generalmente, de estilo georgiano; grandes mansiones que, hoy en día, pueden ser visitadas ya que han sido convertidas en su gran mayoría en «Bed and Breakfast» (casas rurales).

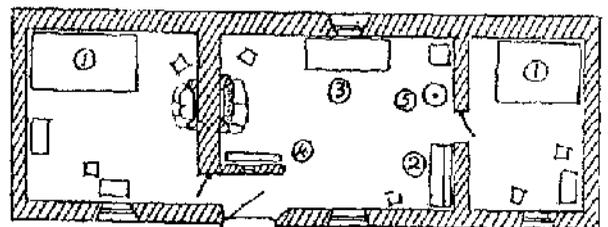
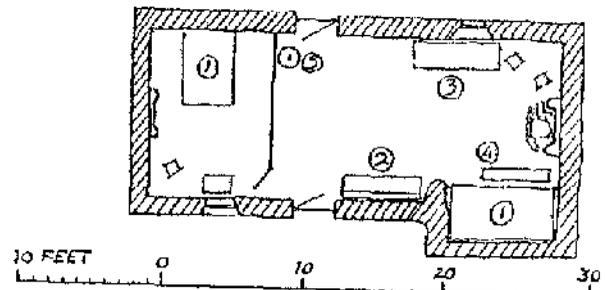
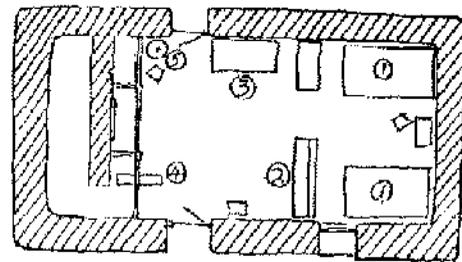


Figura 1: Plantas de casa: Arriba: Casa con tejado de cuatro aguas, Co. Galway; Centro: Co. Donegal; Abajo: Casa con jumbas, Co. Down, 1) Cama; 2) Vestidor; 3) Cama; 4) Puzco; 5) Muequeira (E. Estyn Evans: *Irish Folk Ways*, p. 42).

La casa campesina era un equilibrado resultado de simplicidad en el estilo y proporción en las formas. Así, el etnógrafo Ake Campbell diría en 1937 que "los mejores techos de paja irlandeses dan el techo de paja más bello en el medio rural de toda Europa" (1).

La historia de la casa tradicional irlandesa data, al menos, de 1600, pero sus orígenes son, sin duda, mucho más antiguos: se pierden en las viviendas de paja y madera de la antigua sociedad celta y, quizás, más allá (foto 1) (2).

Esos antecedentes históricos condicionan la forma rectangular de la casa tradicional (fig. 1), que nunca tiene más de una habitación de profundidad, la cual, generalmente, tiene entre tres metros y medio, y cinco metros de anchura, cuya medida estaba condicionada por la largura de la paja que hubiese disponible. Esta forma rectangular de una sola habitación fue conservada por la costumbre y preservada por la creencia de que "una casa para ser afortunada no debe ser más ancha que lo que da una habitación" (3). Así mismo, E. E. Evans afirma que él oyó en Donegal el siguiente dicho: "Ensancha la casa y la familia disminuirá". (4).



Foto 2. Granja de Dan O'Hara (Farm Homestead): Campesino irlandés que tuvo que emigrar a Norteamérica a causa del "tax windows". Connemara Heritage and History Centre.

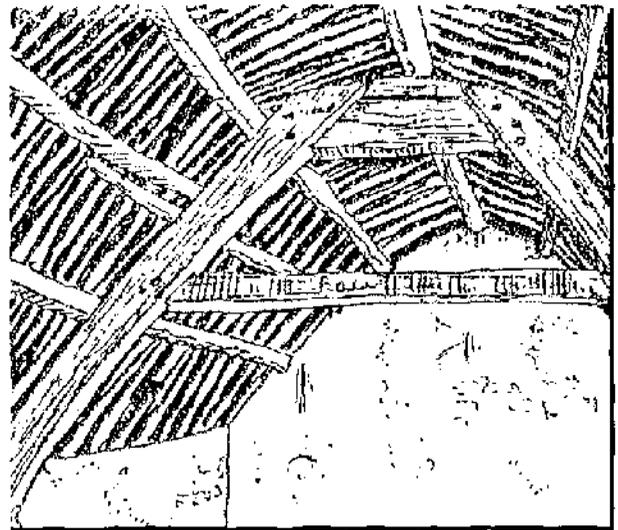


Figura 2. Tejado sujetado con roble de pantano, Co. Donegal (E. Estyn Evans: *Irish Folk Ways*, p. 49)

La mayoría de las casas tenían ventanas, preferiblemente orientadas hacia aquellos lugares donde no soplaban vientos fuertes. Sin embargo, su tamaño era reducido, porque la posibilidad de instalar cristales era cara y peligrosa, debido a que en el XIX se impuso el llamado «tax windows» (impuesto sobre las ventanas) que suponía para el campesino que pusiera vidrio en sus ventanas el tener que afrontar un incremento de la renta en dos o tres veces, lo cual, dada la imposibilidad de hacer frente a este ascenso, derivaba en el desahucio de la propiedad y la necesidad de emigrar (junto a otras tantas familias irlandesas que durante el XIX tuvieron que abandonar la Isla ante la imposibilidad de subsistir) (foto 2).

Para salvar la imposición del «tax windows», la mayoría de las casas tenían una puerta dividida en dos partes: la parte de abajo siempre se man-



Foto 3. Casa con tejado tradicional de paja, Connemara Heritage and History Centre.

tenía fija y cerrada para no permitir la entrada de animales, y la parte de arriba se dejaba abierta para dejar entrar la luz.

La estructura del techo muestra diferentes variaciones según el lugar (fig. 2), pero como norma general estaba compuesto de vigas de roble de pantano, que era utilizado debido a su fuerza. La pareja de vigas se juntaba con uno o dos clavos de madera asegurados, a su vez, por dos estacas de madera. Sobre éstas, descansaba una manta de paja; un elemento esencial del tejado tradicional (foto 3). Finalmente, esta paja se ataba con cuerdas (fig. 3).

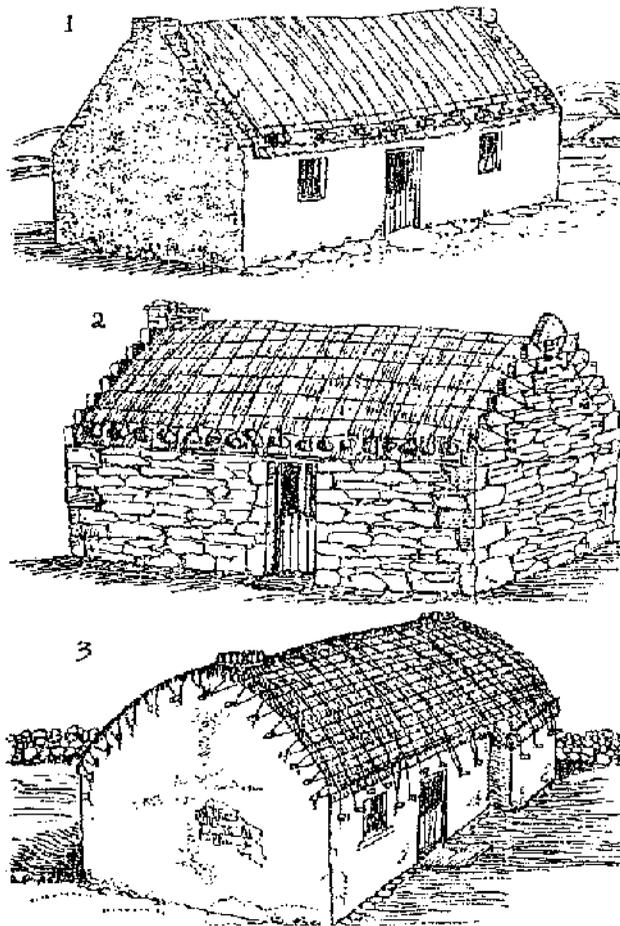


Figura 3: Paja atada; 1) Casa occidental, Dingle, Co. Kerry; 2) Isla de Achill, Co. Mayo; 3) Teeltn, Co. Donegal (E. Estyn Evans. *Irish Folk Ways*, p. 53).

La cocina y la lumbre, constituyen el corazón de la casa irlandesa: la turba ardiendo continuamente día y noche durante todo el año, es el símbolo de continuidad familiar y de la hospitalidad hacia el extraño (fig. 4).

El fuego no sólo servía para calentar la casa y preparar los guisos; también era necesario para

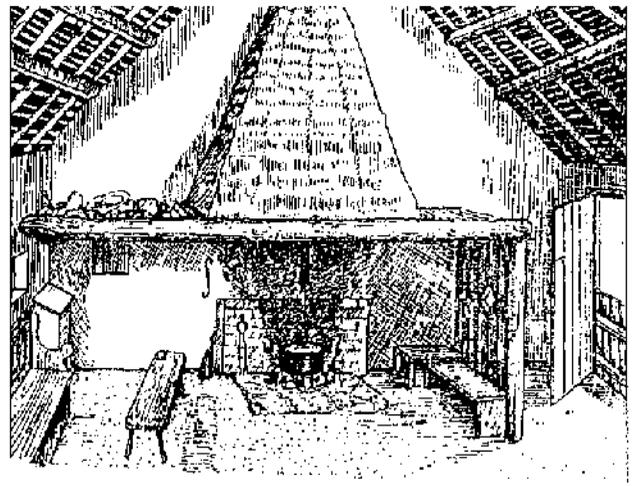


Figura 4: Fuego con paredes y baldaquín enarzado. Co. Armagh. Pequeña despensa y zona de cama a la izquierda (E. Estyn Evans. *Irish Folk Ways*, p. 63).

que la paja del techo se mantuviera seca, debido a las características del clima irlandés en el que las lluvias son muy frecuentes, por lo que si el fuego desaparecía el techo se venía abajo. Este hecho puede considerarse también como una razón para que se siguiera manteniendo la casa de una planta.

La zona alrededor del fuego estaba empedrada, pero el resto del suelo era de arcilla. Este tipo de suelo era mucho más limpio y levantaba menos polvo que el cemento. En el condado de Armagh, el suelo de la casa era simplemente excavado y luego pisado. Según E. E. Evans comenta: "Algunas veces los campesinos pisaban el suelo bailando y alguna que otra relación amorosa surgía de este evento" (5).

En casi todos los ejemplos de casa prehistórica y posterior que ha sido investigada, el fuego ocupa una posición central, suspendiéndose los utensilios de cocina de las pajas del techo o de algún artilugio de apoyo (foto 4).

El fuego era el centro de las casas y de las tareas del hogar para la mujer, junto con el cuidado de los niños. La gran mayoría de las obligaciones caseras obligaban a la mujer a permanecer atada al fuego prácticamente todo el día. La última tarea, ya por la noche, consistía en mantener el fuego enterrando en las cenizas un trozo de turba que atizara la llama hasta la mañana siguiente. Esta costumbre fue reforzada por la creencia popular de que "las buenas hadas estarían descontentas si no había fuego durante toda la noche en cada hogar" (6).

Al visitante se le invitaba a sentarse junto al fuego en un lugar de honor. Es donde los cuentos y las historias han sido narrados para deleite de



Foto 4. Interior de la casa de Dan O'Hara. Connemara Heritage and History Centre.

los oyentes. La magia del fuego ha engendrado cientos de cuentos, historias y mitos que hacen del folklore irlandés uno de los más ricos de Europa.

El fuego, por tanto, constituye un elemento de la cultura irlandesa muy valioso: les advertía del viento, del tiempo atmosférico, de la mala o buena suerte, de matrimonios o defunciones. Pero sobre todo, era el santuario donde los espíritus de los ancestros regresaban, constituyendo un nexo con el pasado viviente.

NOTAS

(1) CAMPBELL, Ake: *Folk-Liv* (1937), p. 228. En ESTYN EVANS, E.: *Irish Folk Ways*, p. 40.

(2) Fotografías realizadas por Fernando Represa Pérez en 1998.

(3) ESTYN EVANS, E.: *Irish Folk Ways*, p. 41.

(4) ESTYN EVANS, E.: *Irish Folk Ways*, p. 41.

(5) ESTYN EVANS, E.: *Irish Folk Ways*, p. 41.

(6) BINNS, J.: *The Miseries and Beauties of Ireland* (1837). T. I, p. 112. En ESTYN EVANS, E.: *Irish Folk Ways*, p. 41.

BIBLIOGRAFÍA

ESTYN EVANS, E.: *Irish Folk Ways*. Routledge and Kegan Paul, London, 1957.

MEIFEUR, Walter and SHAFFREY, Maara: *Irish Cottages*, Arthur Books, London, 1990.





Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular
VALLADOLID